

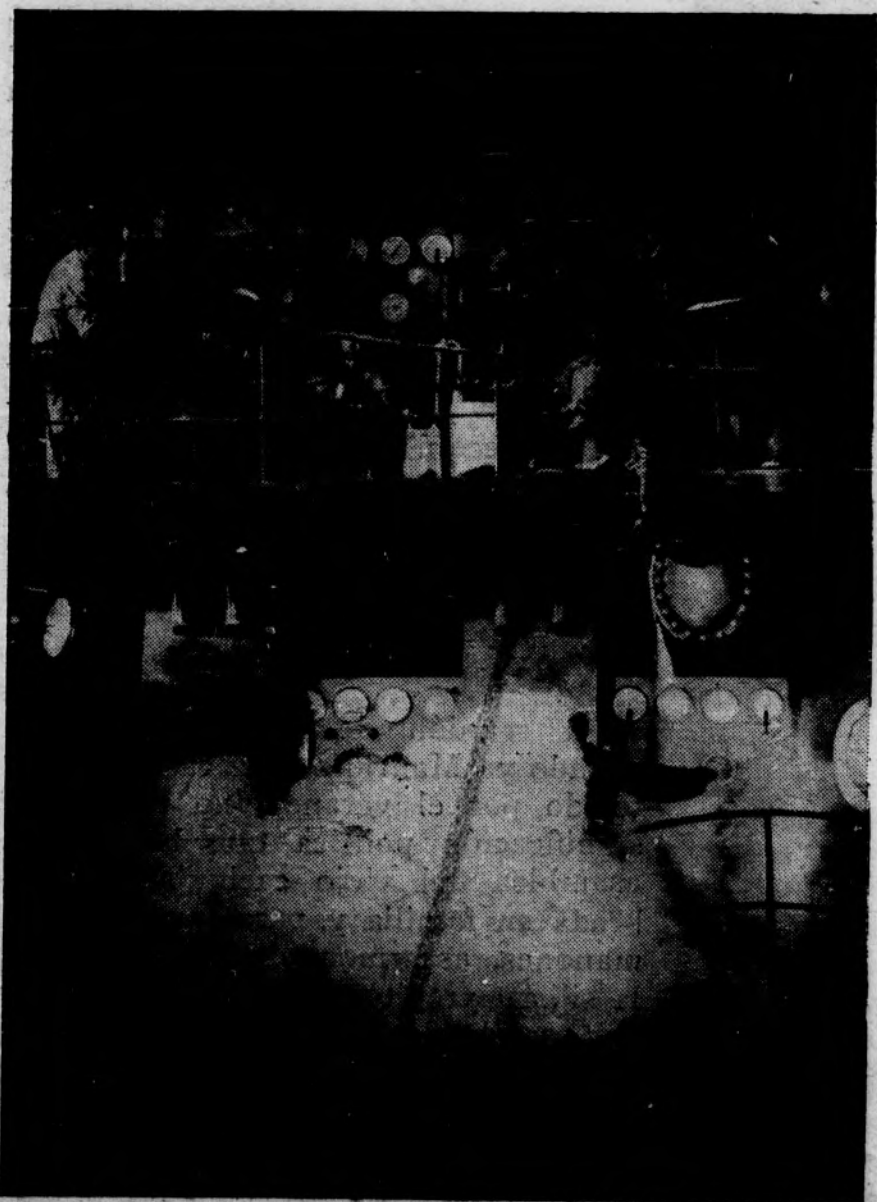


NUEVA ESPANA

COMITE DIRECTIVO: ANTONIO ESPINA, JOAQUIN ARDERIUS, JOSE DIAZ FERNANDEZ

S U M A R I O

Editoriales: *La Federación Europea*; *Asamblea de caciques*.—*Sobre la enseñanza y su libertad*, Gregorio Marañón.—*El marinero*, Otero Espasandín.—*Etiología de los males de Hispanoamérica*, Bolívar Ulloa.—*Marcelino Domingo*, J. Benjumea.—*El problema de Cataluña: Contra una política de derechas*, Luis Capdevila.—*Un cuento ruso nuevo: Nacimiento del esclavo*, Sergej Semjonow.—*Reflexiones sobre un libro de Albornoz*, Gabriel Morón.—*Turismo y diplomacia. Sobre todo, turismo*.—*Plana*, por Maside.—*Rifi-Rafe*.—*La Comisión de Responsabilidades*.—*Un concierto de música nueva española*, Salas Vlu.—*Cinema*, José de la Fuente.—*Escritores revolucionarios ante los Soviets*. *La Trinocracia*, por Andrés Peláez Cueto.—*La reforma de la segunda enseñanza*, Mauricio Bacarisse.—*El impunitismo dictatorial en Córdoba*.—*Carta de Constantinopla*, André Alessandri.—*Los oradores y el pueblo*, Joaquín Pérez Madrigal.—*Rodolfo Llopis, en América*.—*Política e imaginación*, Teodoro González García.—*Republicanismo unionista y republicanismo orgánico*, J. Bottella Asensi.—*Una acción incalificable*.—*Para el director general de Prisiones*.—*El embajador de la «CIAP»*.—*Libros: Plivier, J. F.; Salazar Alonso, J. F.; Samuel Ros, A. de O.; Gómez de la Serna, Antonio de Obregón; Ludwig, Alfredo Cabello*.—*La quincena internacional*, O. P.—*España*, Joaquín Arderius.



La máquina.

AÑO I

NUM. 12

35 CTS.

Ayuntamiento de Madrid

EDITORIALES

LA
FEDERACION
EUROPEA

Ya se ha hecho público el «memorandum» redactado por el señor Briand con vistas a una Federación europea, «memorandum» de cuya redacción fué encargado por los representantes de las naciones miembros del organismo ginebrino, en la comida del día 9 de septiembre de 1929, en la que el ministro francés de Negocios Extranjeros expuso la idea de constituir unos Estados Unidos de Europa.

Los inconvenientes al proyecto suscitados en aquella reunión, se han traducido de manera bien patente en el «memorandum» ahora presentado. Los Estados Unidos de Europa se convierten en una modesta federación de pueblos, que conservarían su soberanía absoluta y la completa independencia política, es decir, que lo que fué un proyecto, acaso atrevido, acaso demasiado idealista, se convierte ahora en un pequeño movimiento de afirmación de la Sociedad de las Naciones, que, en su tiempo, también sufrió considerable mengua al pasar de la teoría a la práctica.

Podría decirse que la proposición del señor Briand, que fué en sus primeros momentos original y bien intencionada, se limita ahora a recoger en un organismo de mayor responsabilidad y más grandes atribuciones los poderes que hoy

NUEVA ESPAÑA

REVISTA QUINCENAL

Año I :: 1 de agosto de 1930 :: Núm. 12

Redacción y Administración: SAN IGNACIO, 8

MADRID

Teléfono número 94363

Apartado de Correos: 8.046

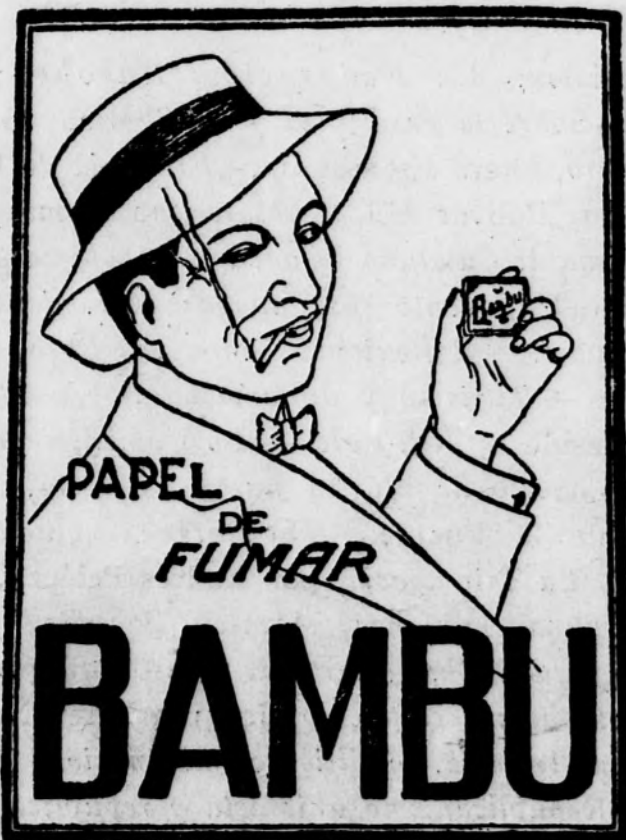
están dispersos en las distintas comisiones y organismos que pertenecen de una manera u otra a la Sociedad de Naciones, con la salvedad—en 1929 se habló de los Estados Unidos económicos de Europa—de que se subordinarán los problemas económicos a los problemas políticos, salvedad cuya importancia reside en el indudable y beneficioso apartamiento de los técnicos de la gobernación de las naciones.

Basta conocer el punto IV de la proposición para ver hasta qué punto está ésta ligada a la Sociedad de las Naciones. La Federación propuesta tendría como cometido estudiar los asuntos que pueden unir a los pueblos, tales como Economía, Comunicaciones y tránsito, Finanzas, Trabajo, Higiene, Cooperación intelectual, Relaciones interparlamentarias, etc., en tanto que la Sociedad ginebrina sólo debe entender en la resolución de los conflictos que separan a los pueblos y que, naturalmente, se basan en asuntos de la misma índole de los que

la Federación europea tendría que estudiar.

El mismo señor Briand reconoce en el texto de su proposición que ésta de hoy no tiene el alcance que se quería dar a la del mes de septiembre. Si entonces se habló de Estados Unidos, lo que implica una idea de unidad, ahora se habla únicamente de Federación, que es, como se dice en el apartado B del punto III, «una federación fundada sobre la idea de unión y no de unidad», aclaración llamada a desvanecer sospechas o temores que indudablemente fueron causa de los inconvenientes presentados al primitivo proyecto del señor Briand.

Es difícil conformarse con tan pequeño proyecto de adelanto. Nuevo parto de los montes viene a demostrar la impotencia de los políticos europeos para hacer frente a una situación que se va agravando de día en día y que se aproxima al momento en que éstos mismos pasos vacilantes de hoy, serán posibles de dar. Este sería el mayor error de nuestros tiempos, porque si la catástrofe de 1914-1918 fué consecuencia del fracaso de la diplomacia, y por lo tanto de la exaltación de la política, supuesta manifestación del sentir de los pueblos, el fracaso de la política sería ahora la demostración de que los pueblos no han sabido elegir sus representantes y han puesto su confianza en virtuosos—como los diplomáticos—de un virtuosismo tanto más peligroso cuanto que tendría como base la verdad indudable, y de su derrota resultaría la pérdida de la fe y de la esperanza en un porvenir mejor logrado por medios pacíficos.



Ha obtenido

GRAN PREMIO

en la

EXPOSICION INTERNACIONAL DE BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

Las peripecias tipográficas que ha sufrido NUEVA ESPAÑA han determinado el retraso de nuestros últimos números. Con objeto de normalizar la aparición en los días 1 y 15 de cada mes hemos suprimido el número del día 15 de julio y lo hemos sustituido por el actual. En adelante NUEVA ESPAÑA aparecerá puntualmente.

ASAMBLEA
DE
CACIQUES

La reunión de los romanonistas, cuando ya Madrid estaba casi desmantelado por el veraneo, no tiene otra significación política que la de una asamblea del viejo caciquismo, celebrada en familia y para familias. Romanones, escarmentado sin duda por la silba estrepitosa que hubo de sufrir a la salida de la conferencia de Sánchez Guerra, esperó a que medio Madrid se desplazase por el calor para celebrar un acto. Por otra parte, las medidas adoptadas por los organizadores para que no acudieran sino los incon-

dicionales demuestran el pavor que el conde de Romanones ha tomado a la verdadera opinión nacional.

De todas maneras, ninguna manifestación de cinismo político tan evidente como la de Romanones. De él se cuenta que hace pocos días, cuando se hablaba de Alba, aseguraba: "Alba no es temible para nosotros. Está más desacreditado que yo." Romanones sabe que no tiene ninguna fuerza de opinión a su lado; pero no se resigna a abandonar la política, porque para él la política constituye un objetivo que pudiéramos llamar familiar. Recuérdese con cuánto dolor habló de que sus tierras quizá no puedan ser disfrutadas por sus nietos. Romanones quiere defender las tierras de sus nietos.

El espectáculo, por lo demás, habrá ofrecido a la conciencia nacional un ejemplo de lo que significa el conde de Romanones en cualquier aspecto de su vida pública. A su lado en la tribuna estaba el general Muñoz Cobos, que, por mucho que digan, era el capitán general de Madrid cuando se dió el golpe de Estado. En el salón había toda suerte de cataduras políticas. Muchos de los allí presentes—Argente y Senra, por ejemplo—colaboraron con la dictadura, quizá por indicación del jefe, que ponía una vela a Dios y otra al diablo, según su costumbre. Mientras Romanones daba dinero para las conspiraciones, sus amigos trabajaban por la prosperidad del régimen dictatorial al lado del general Primo de Rivera.

Alguna vez hemos dicho que la picardía política de Romanones es un mito. Tiene muy poco talento y demasiado desenfado para que no descubra el juego a cada paso. ¿A quién va a engañar este aristócrata rural que escribe peor que una cocinera y habla como cualquier diputado de las cerillas mayorías que fabricara el tortuoso Cánovas del Castillo? Solamente por la situación excepcional en que se encuentra España puede explicarse que pueda presentarse ante el público Romanones. Cuando existan garantías individuales y el pueblo pueda expresarse libremente, que intente el conde de Romanones hacer actos públicos como el que acaba de realizar.

Sin embargo, de este acto y de estos hombres deben sacar las izquierdas una lección: vean cómo la máscara liberal ha podido ocultar personajes de esta clase, que, siendo esencialmente reaccionarios, pasaban por liberales. A la hora de la verdad, ellos no sirven otros intereses que los de las oligarquías. Romanones, el carcelero de Trotski, el hombre que ha suspendido las garantías y engendrado la dictadura desde el Poder, no puede llamarse liberal sin injuriar a la libertad. A él sí que hay que exigirle responsabilidades. Y como sanción, borrarle de la vida pública española por indeseable.

Sobre la enseñanza y su libertad

por GREGORIO MARAÑÓN

Me sería imposible—a más de contrariar mis deseos—el contestar al charrón de censuras que han caído sobre mí con motivo de mi intervención en el asunto de la segunda enseñanza. No obstante, quiero replicar algo a la alusión que me hace M. Bacarisse en el último número de NUEVA ESPAÑA. Primero por la estimación antigua y sincera que profeso al autor de esa alusión; y después porque no se refiere a críticas de mi actitud, que, cualesquiera que sean, me es grato respetar, sino a una apreciación personal que por infundada no puedo pasar en silencio.

Dice Bacarisse que mis convicciones no son auténticas. Auténticas son, puesto que son mías y yo las certifico. Puede decirse que son buenas o nefandas; pero de rigurosa autenticidad. Sin duda quería decir que no eran sinceras; y no lo dijo porque sentía la injusticia de esta palabra aplicada a quien no tiene más vanidad que la de ser sincero y leal, aun a costa suya. Y esta sinceridad mía, en el caso que se debate, es lo que quiero explicar.

No puedo pretender que sepan cómo pienso más que aquellas personas que están a mi lado de continuo, a pesar de que he exprimido mis más recónditos pensamientos en libros, artículos y conferencias, cuya excesiva copiosidad me pesa. Pero mi posición de defensa de la enseñanza libre, con todas sus consecuencias y peligros, como único remedio momentáneo de la triste Pedagogía nacional, es tan firme y tan reiterada que no puedo sufrir el que quiera hacerse aparecer ahora como un cambio en mi ideología. No sólo he hecho de ello una propaganda constante, sino un voluntario ejercicio, que es la mayor y la más eficaz ocupación de mi vida. Para citar un texto, que precisamente ha sido muy leído por gentes ajenas a mi actividad, y de la izquierda, quiero copiar—con todo género de excusas por el feo pecado de la autocita—lo que escribí en diciembre de 1929—aún no hace, pues, un año, en el párrafo del libro de Marcelino Domingo "¿Adónde va España", del que se han hecho copiosas ediciones:

"De aquí el pecado mortal de los Gobiernos españoles al hacer de la enseñanza oficial un coto cerrado, un privilegio que usufructúan unos cuantos ciudadanos, bien o mal dotados para la ciencia y la pedagogía, pero engarzados en el movimiento reptante de un escalafón, fuera del cual todo intento cultural adquiere los rasgos de una hazaña heroica. Para que marche la Escuela es precisa la libre concurrencia de la enseñanza; que en la casa de enfrente pueda enseñarse también, sin

más trámites que un anuncio en la puerta y un entusiasmo fervoroso dentro. Por eso los grandes progresos de la civilización han nacido o fuera de las Universidades o en aquellas Universidades que sentían el acicate de sus competidores libres. El que la Universidad cope, bajo su cúpula, como ocurre en España, la posibilidad de enseñar es un terrible atentado a la cultura verdadera. Su símbolo es esa colosal Ciudad Universitaria que va a levantarse en el centro de la Península, como una descomunal ventosa absorbadora de las actividades pedagógicas."

Estas líneas—y como ellas he escrito otras muchas—me parece que no dejan lugar a dudas y me permiten—con tanta energía como dolorimiento de mi amistad hacia gentes como Bacarisse—protestar de que se me llame insincero. Varios periódicos de la izquierda reprodujeron este prólogo. Casi todos los de ese sector lo alabaron. Muchos de la derecha me dedicaron con motivo de él nuevos improperios, con que aumenté la colección de los que tengo recibidos de la misma procedencia: colección seguramente no superada por ningún otro escritor español contemporáneo. ¿Cómo, entonces, no alarmó a ningún liberal mi modo de pensar, ahora, por lo visto, nefando?

Cuando yo me encontré ante el conflicto de opinar en el Consejo de Instrucción Pública sobre la ponencia de la Comisión especial—que, por cierto, salió de ella sin protesta alguna oficial, y que, por lo tanto, yo creía sinceramente que era expresión de todos sus miembros, me planteé esta disyuntiva: o estar conforme con mis amigos de siempre, que ya sabía cómo iban a reaccionar, o estar conforme con algo más que con mi convicción: con una convicción traducida en una actitud pública tan enérgica que es una de las líneas directrices de toda mi conducta. Un viejo político hubiera optado por la primera solución: conformar a los suyos, contra sí mismo. También, por lo visto, hubieran obrado así muchos de los políticos inéditos; todos los que en estos días me han dicho: "Lo que usted piensa es lo justo; pero es una actitud teórica, de oposición; no una actitud práctica, para estos momentos." Todos, también los que para atacarme dan, como única razón, que he estado conforme con un obispo, pareciéndoles, por lo visto, preferible, para dirigir una conducta, el buscar la compañía de las personas y no de las propias convicciones.

Ahora bien; yo no soy capaz de eso. Yo puedo equivocarme—es posible que ahora me haya equivocado—; pero mi

acción es siempre auténtica o sincera; es decir, ajustada a mi conciencia. Y si no es por ser así, no quiero para nada la estimación de nadie, ni aun la de mis amigos más entrañables.

Y esto debería bastar a mi defensa; es decir, la defensa personal, no la política; porque no seré político jamás, y me preocupa poco el encasillado en que me colocan los demás, ni en los momentos de entusiasmo, ni en los de censura. Pero como, pese a todo, soy liberal, por la profunda razón, inmodificable, del temperamento, es decir, más allá de la convicción misma, quiero añadir a lo ya dicho esto:

Que no desdeño la enseñanza oficial, ni deseo—será cómico, pero lo repito porque me lo han dicho—su destrucción. Si yo pudiese revolucionar la enseñanza española, la reharía, claro está, sobre la base de un profesorado magnífico, con el cual no pudieran competir los profesados no oficiales; elegido con rigor y con inteligencia, dotado con esplendidez y disciplinado para no hacer de la enseñanza un pasatiempo o un pretexto para otras actividades, sino el centro y el resumen de toda su eficacia. Pero, aun logrado esto, mantendría la enseñanza libre; porque sólo ella—repetámoslo—sirve de acicate para la perfección y de barrera para que lo bueno no degenera.

Ahora bien; una revolución no la puede hacer un miembro de una comisión de un consejo. Tampoco un ministro. Sólo puede hacerla un dictador—y el no haberla hecho es una de las graves responsabilidades de Primo de Rivera—o uno de los movimientos populares que deshacen la vida de los pueblos y la rehacen después en moldes distintos. Había, pues, que optar por un remedio de urgencia, y como para mí no hay otro que la enseñanza libre voté por él; y voté al hacerlo así con mi convicción de siempre.

En un país en paz esto no necesitaría tantas explicaciones. En el nuestro, presa de la convulsión prerrevolucionaria, todo se tergiversa; y precisamente en el sentido personal. Hace seis meses que medio se puede opinar en España, y no se habla para nada de problemas; y si se tocan los problemas, es para tirárselos a alguien a la cabeza, como un proyectil; ahora, a mí.

Todo lo que se les ocurre a mis amigos es que estoy vendido a los frailes. En uno de los muchos anónimos recibidos estos días se cita la cantidad con que me han subvencionado. Nadie piensa que en lo cierto o en el error mantengo una actitud de siempre y que siempre pareció liberal: por que lo es. Yo no temo—¡qué le voy a hacer!—a ese auge clerical que se anuncia si la reforma del Consejo se implantase; lo cual, entre paréntesis, es como hablar de la mar. Los colegios de religiosos tendrán en cada momento la masa que quieran los padres españoles, cuya vo-

luntad expresa es confiar a ellos a sus hijos; con la complicidad de la deficiente enseñanza oficial; y con la complicidad—hay que decirlo valientemente—de los profesores de los Institutos, que ahora, en las Asambleas, protestan, pero en la práctica conviven con la enseñanza colegiada en blando contubernio.

Y no me explico por qué mecanismo el poner a los colegios—cuya supresión en el estado actual de nuestra cultura sería absurda—en condiciones de enseñar mejor que ahora, en que están maniatados por el monopolio oficial, habría de traducirse en una dictadura clerical. Con la enseñanza libre no creo que aumentase uno solo de sus alumnos. Aumentarían, en cambio, los buenos colegios no religiosos; y no lo digo de memoria, sino por que me consta, que si se hubieran implantado estas reformas antes del curso próximo hubieran funcionado en Madrid varios centros libres de enseñanza, calcados en el régimen del Instituto-escuela.

Aumentaría también, finalmente, el crédito—¡el crédito, que es lo que les falta ahora!—de los Institutos oficiales, porque se liberarían del veneno del monopolio, que todo lo degenera, que permite el ejercicio sin sanción de los malos profesores—los de los textos disparatados, aquellos que vosotros, amigos míos, ridiculizabais en una sección del semanario "España", si no recuerdo mal—y que acaba por infiltrar del esterilizante espíritu de clase aun a los muchos bien dotados que ocupan las cátedras de los centros del Estado.

Otra cosa importante: no pretendería, ni yo, ni alguien más partidario que yo de la enseñanza libre que ésta se independizase del Estado. Lo deseable, y en ello insistí mucho durante la confección de la ponencia, es que sea substituído el "control del examen", ridículo, inservible y fuente de todas las prevaricaciones, por el "control de la inspección permanente", ejercida

sobre el profesorado (no limitándose a que éste exhiba un título de licenciado, que puede no significar nada pedagógicamente), sobre sus métodos y sobre sus sanciones de fin de curso. Se me objeta a esto por los mismos entusiastas de la enseñanza oficial que tal inspección no es posible, porque sería una permanente claudicación de los inspectores. Yo, la verdad, aunque con apariencias de enemigo, tengo mucha mejor idea de ellos.

Esta inspección rigurosa y sancionada daría una auténtica validez oficial a los certificados de estudios dados por los colegios así autorizados. Nada tiene esto que ver con el artículo 53. El título profesional, que implica una responsabilidad pública, claro está que en un país como el nuestro, sólo puede ser concedido por el Estado mismo. Por ello, en la ponencia se establecía el examen de ingreso en las Facultades, con su doble significado de uniformar con el criterio oficial la titulación de los estudios superiores. Y digo la titulación porque la enseñanza de estos estudios creo que debe ser libre también, en bien de la enseñanza misma y de la propia Universidad.

No sigo más. No pretendo convencer a nadie. Si solamente reclamar la pureza de mi intención y la continuidad—y la pureza, por lo tanto, también—de mi conducta. Dejemos el tema para dentro de diez años más. Entonces es posible que yo, a pesar de no ser liberal—según dice el señor Gascón y Marín—haya vuelto a perder mi libertad y otras cosas por defender, cuando los demás callaban, la libertad política. Es posible que haya publicado unos cuantos volúmenes más; desde luego, medianos, pero de cuya eficacia en la liberación del pensamiento español, contra la flojez, contra el fanatismo, puedo jactarme como ningún otro, quizá, de mis contemporáneos. Y es, no posible, sino seguro, que habré dado varias batallas más por la libertad de la enseñanza.

EL MARINERO por OTERO ESPASANDÍN

El viento sopla contra tus costillas
cubiertas de Mahón,
y los vientos del Norte en la cuna de pino
—tu dorna—
arrullan tu alma de niño.

Nadie te despierta hacia la amanecida
cuando te abate el remo
y en la cuerda de las olas saltan
mezclados peces y luceros.

Vas y vienes y cruzas
lunas y paralelos.

En la playa con el ombligo al sol,
acariciando sueños de hartura,

te aguarda una ristra de pequeñajos.

No hay para ti día ni noche:
todo es lo mismo,
día y noche, sol y lluvia,
verano e invierno.

Sólo pájaros agoreros cuando tú faltas,
silban—¿son ellos o el viento?—
por los tragaluces
y por los destejados de tu techo.

Cualquier día morirás,
sin pena ni gloria,
con la dorna por ataúd,
ya sin que te importe
que te lleve Dios o el diablo.

CONSIDERACIONES HISTORICAS

Etiología de los males de Hispano-América

por BOLIVAR ULLOA

"Unamos en nuestro corazón el amor a España con el amor a la Verdad."

Hay un acto de injusticia esencial, fundamental, en la Historia de España y América, acto que ha quedado latente. Y, sin embargo, estudiado e interpretado por medio de la sociología del Nuevo Mundo, él daría tal vez una inesperada pero exacta explicación de todos los males que padece hoy la América hispana.

A raíz del descubrimiento se prohibió ir a las tierras occidentales a aragoneses, catalanes y valencianos. Los pocos historiadores que en la Península se han dado cuenta de tan censurable exclusión, sin profundizar, la han, en general, negado, o, por lo menos, han tratado de desvirtuarla. A su criterio, puesto en relieve, ella podía desdorar considerablemente la gloria de España en el Nuevo Continente. Y han creído que más honor hacía a la historia de su pueblo decorosos convencionalismos que sana verdad.

El hecho, empero, es innegable. La prohibición a la Corona de Aragón, no sólo consta en una cláusula del testamento de Isabel la Católica, en numerosas reales cédulas, en ciertas peticiones de los colonos de las tierras descubiertas y en testimonios explícitos de cronistas; consideraciones de orden práctico la confirman. La lista de pasajeros de Indias, que acaba de publicar en parte el personal del Archivo de Indias, es sobradamente elocuente; en ella no se hallan diez apellidos catalanes. La simple constatación que hasta hace unos cincuenta años nombres tan corrientemente de Cataluña como Bosch, Lluch, Puig, Valls, fuesen raros o exóticos en nuestros países ni se encontrasen castellanzados, es transcendental.

La exclusión para Aragón y Valencia fué en general menos dura y menos completa que para los catalanes. Estos durante un siglo no pudieron poner los pies en América y durante dos siglos y medio no pudieron comerciar allí. Tenían que recurrir, cuando les era posible, al contrabando. Sólo Carlos III abrió las puertas del Nuevo Mundo a su comercio. Mas ya era tarde. La industria y la marina de Cataluña estaban entonces debilitadas y decadentes. El mal estaba hecho.

La prohibición a la Corona de Aragón constituyó la exclusión más o menos íntegra de media España. Y—cabe reconocerlo—fué precisamente la parte más industrial, más comercial y, por consiguiente, más necesaria pa-

ra formar poblaciones estables y duraderas la que no participó en la colonización de América. Hablamos refiriéndonos muy en particular a Cataluña, cuyos barcos mercantes reinaron en el Mediterráneo.

Sólo los súbditos de las Coronas de Castilla y León, audaces y fieros militares, pudieron ir al Nuevo Mundo. Pero si las armas y el coraje eran necesarios para la conquista y para abrir paso a la civilización, para que ésta se estableciese de una manera firme era menester que se formasen núcleos de población trabajadora, productora, que supiese explotar la riqueza, no sólo minera, sino agrícola de los nuevos territorios, y que con su ejemplo y su práctica enseñasen a los indígenas a domar la naturaleza. Los que fueron, empero, deseosos de sacar provecho inmediato de la abundancia de América, contando con sus espadas, pero irreflexivos, no pensaron sino en penetrar precipitadamente en el territorio y en domar todo lo que estuviese al alcance de sus manos, sin visos hacia el futuro. Fernando e Isabel, como lo prueban los documentos, no pedían sino buena ración de la cosecha.

Mientras tanto no se establecieron centros, colonias, donde se trabajase metódicamente y así, desde su origen, se dañó la sociedad hispanoamericana. Basta comparar lo que es hoy hispanoamérica con lo que son los Estados Unidos para comprender cuán distintamente se elaboraron ambos pueblos y cuán distintos fueron sus colonizadores.

En nuestros países abundaron los intrépidos guerreros, los audaces conquistadores, que más tarde se transformaron en admirables caudillos, y que hoy, ante las circunstancias de la vida moderna, han degenerado en viles dictadores. Pero en la mayor parte de la América Hispana, a pesar de la prodigalidad del terreno, no hay grandes industrias. Países tan favorecidos por la naturaleza como las naciones andinas no tienen aún vida propia. Son hermosamente ricos, pero sus habitantes, hereditariamente inhábiles (tanto los de cepa española como los indígenas), no saben explotarlos. Como patriota peruano me es doloroso hacer esta constatación; pero la verdad ante todo. En cuanto a la relativa industria argentina, débese al empuje de emigraciones muy recientes de extranjeros, o bien de catalanes. Y es tan cierto lo que avanzo, que proporcionalmente son los catalanes que constituyen las colonias más activas (casos de Cuba, Ar-

gentina, Uruguay). Pero, por desgracia, no son sino en número muy limitado y han llegado en época tardía.

De la forma como se atrofió, pues, nuestra colonización proviene la debilidad, la inconsistencia del pueblo hispanoamericano. Y por eso somos hoy las más fáciles víctimas del imperialismo yanqui, del monroísmo, atraído por la riqueza de nuestros suelo.

Los tesoros que estaban al alcance de todos se han agotado durante la Conquista y la Colonización. Si hoy se quiere ser rico en Sudamérica, hay que trabajar. Pero los caudillos degenerados en dictadores no quieren trabajar; y prefieren mil veces transigir con el imperialismo yanqui, hacerse sus cómplices y sus agentes, con tal de tener el dinero suficiente para mantenerse en el poder. Este es hoy, en general, el sistema político de la América hispana.

He allí la fatal consecuencia de la exclusión de la Corona de Aragón...

Repito: es desagradable decir la verdad en estos casos; pero la verdad ante todo. "Amicus Plato, sed magis amica Veritas."

No hacemos ni tenemos derecho de hacer ningún reproche a nuestra Madre Patria. Lejos de eso: bastante orgullosos nos sentimos de llevar sangre española en las venas. España ha sido y será aún un gran pueblo, una nación admirable. Ella no es responsable del modo desastroso como se procedió en la colonización de América. Fué una injusticia capital, al mismo tiempo que un error de los Reyes Católicos.

Los buenos sudamericanos estamos dispuestos a defender, cueste lo que cueste, nuestro hispanismo. Pero lo que no queremos es que ciertos historiadores, ora en su Península, ora en nuestro Continente, digan y repitan, haciéndose eco de los cronistas cortesanos del siglo XVI, sin mejorar su criterio: "Hispanoamérica es el hermoso fruto de la política de iniciativa y de justicia de los Reyes Católicos."

Que haya sanción moral y sana filosofía en la historia. Si no, esta ciencia sería insubstancial y sin finalidad.

Los originales que publica **NUEVA ESPAÑA** son rigurosamente inéditos



MARCELINO DOMINGO

por J. BENJUMEA ROMAN

El maestro. No tiene Marcelino Domingo título mejor para poner en sus tarjetas.

Maestro cuando, siendo joven, educaba a los niños de Tortosa. Maestro, años después en su escuela laica de Roquetas. Maestro de ciudadanía desde su escaño de concejal en Barcelona y desde la tribuna del Parlamento, dando lecciones de ciudadanía y civismo. Maestro en las luchas políticas y en las hojas volanderas de los diarios de izquierda... Maestro siempre...

Los hombres de amplio pensamiento, las inteligencias modernas y los luchadores de partido, tuvieron y tienen siempre en Marcelino Domingo el ejemplo vivo de una conducta a se-

guir. En él como en muy pocos caudillos españoles se concretan con huellas indelebles la amplitud del pensamiento, la serenidad del espíritu, la elocuencia del tribuno de moderada frase y tono fuerte, con el análisis crítico, exacto, de todos los momentos de la vida nacional.

Hombre de acción, cara a cara con la España vieja, ha sacudido muchas veces con el látigo de su pluma o con la elocuencia de su palabra honrada, la conciencia dormida del alma española. Por eso, unas veces ha ido a la cárcel con la frente alta y altiva; otras, camino del destierro voluntario y obligado, del que sacó siempre enseñanzas o enseñó a los demás, sin que nin-

gún contratiempo detuviera su marcha. Antes al contrario, de cada contrariedad sacaba para sí y para todos nuevos bríos y alientos.

Joven, muy joven aún, siendo maestro y concejal de Tortosa, inició y concluyó con éxito una campaña contra un colegio máximo de jesuitas de Tortosa, donde cuatrocientos esclavos de Jesús recibían esa enseñanza equivocada que los sucesores de San Ignacio han impuesto en el país, logrando hacerlo desaparecer y haciendo de Tortosa un pueblo moderno y laico, diferente a la mayoría de las ciudades españolas, levíticas e hipócritas, donde cualquier párroco mendaz convierte a los feligreses en manada incolora de beatos simples, católicos de Roma, sin ser de Cristo.

Su palabra tenía siempre en el Parlamento el eco de la calle, el clamor de la España nueva que se va forjando día a día. Un día era para oponerse a las juntas de defensa militares, de las que Maura dijo una vez al salir de palacio: "Que gobiernen los que no dejan gobernar." Otra tarde, y otras muchas, era para oponerse a la sangría de Marruecos y más tarde para alzar su voz acusatoria, pidiendo a los diputados que sintiesen dignidad, para exigir sin demora las responsabilidades del desastre marroquí.

En toda la España su figura, de físico pobre, raquítica de carne, adquiría hora a hora las dimensiones del gigante, la contextura del luchador recio y fuerte, viril y enérgico, como si todo él fuese espíritu y símbolo, bandera de ideales ciudadanos con matices y aristas tallados por la realidad para destacar su persona, cimbel de tanto y tanto falso político de ancha espalda y cabeza de buey.

No supo nunca su mente, de juicio claro, cómo se puede cambiar de pensamiento o de actitud, ni jamás sus manos de maestro pobre cobraron el dinero de Judas. Hubo de luchar desde joven, después de hombre y hoy de caudillo, por la conquista del pan, recibiendo por sus trabajos de enseñanza en la escuela y en los artículos de Prensa lo escasamente necesario para vivir y viajar modestamente, como cualquier empleado de la clase media, a la que él pertenecía, pertenece y pertenecerá siempre, aun cuando su talento y su cultura lo eleven por encima de su clase, colocándolo en la única aristocracia verdadera de los hombres de su valer.

La vida de Marcelino es una línea recta, sin curvas, sin titubeos, ratificándose en todo, haciendo deber de su actuación, dogma de la libertad, esperando llegar a la meta, aun cuando al llegar a ella y divisar nuevos horizontes siga la marcha, la trayectoria honrada y viril, llena de civismo, con que empezara de joven, allá en su escuela de Tortosa...

EL PROBLEMA DE CATALUÑA

Contra una política de derechas

por LUIS CAPDEVILA

Doloroso es confesarlo: en Cataluña la nota dinámica, viva, palpitante, no la dan las izquierdas—a pesar de ser este su momento—sino las derechas, o sea la Lliga. Porque toda esa gentualla de las Reuniones Patrióticas, del amor inquebrantable al régimen, etc., etc., significa poco o nada en la vida política de Cataluña.

La Lliga, sí. La Lliga es fuerte, poderosa, aunque no como lo fué antes del advenimiento de la dictadura, obra nefasta y estúpida, en la que colaboró eficazmente. Colaboración que le ha valido el descrédito y el menosprecio de muchos que hoy han desertado de sus filas. Verdaderamente, fué una maniobra poco hábil, indigna de los pequeños Machiavelos, que ha empollado Cambó. Pero una maniobra digna de un partido esencialmente burgués, como la Lliga, partido—o partida—de hombres de dinero, de orden, de contemporizar y prevaricar e involucrar y de convertir un ideal político—después de escuchimizarlo, de acoquinarlo y de chuparle la sangre y la chicha—en reclamo de su comercio, de su granjería, de su lamentable cajón de la calderilla.

Porque ésta es la verdad, la triste verdad, la miserable y mezquina verdad; muy catalanistas, sí, señor; ¡pero que no atenten contra su cartera, contra su talonario de cheques, contra su cajón sagrado de la calderilla!

Muy devotos de la Virgen negra de Montserrat y del rubio caballero San Jorge; muy amantes de la sardana; muy enamorados de "L'Emigrant", "Els Segadors"... Sí, señor, sí; todo esto está muy bien, y en esto consiste precisamente el catalanismo. Pero dar dinero, no. Dar dinero es otra cosa; es hacer el primo. A la patria no hay que darla dinero. Al contrario; es ella quien debe proporcionárnoslo, en vista de lo bien que sabemos defenderla y amarla. No, no; dar dinero, nunca.

Y con ese odio al gesto de dar y ese amor al de recoger se ha creado un ideal: la Lliga. Se comprende fácilmente que Cataluña, el pueblo de Cataluña, se desinterese de semejante ideal. Han tardado en desinteresarse; pero es que hasta hoy—o hasta hace muy poco—la Lliga no ha enseñado la oreja. Ahora que, como la tiene grande, se la ha visto todo el mundo.

Hoy el pueblo no quiere nada con la Lliga. Comprende que poco o nada puede esperar de hombres que únicamente aprovechan el nombre de Cataluña para la buena marcha de la fábrica, del bufete, de la tienda; de hombres que cultivan—en provecho suyo—un

catalanismo servil y estólido, en pugna siempre con la inteligencia; de hombres tristemente grotescos que durante la dictadura se creían unos terribles conspiradores porque se encerraban en casa, cerraban bien puertas y ventanas y le ponían a la gramola—porque todos tienen gramola—el disco de "La santa espina".

Esa clase de catalanismo, el de la Lliga, como burgués, es, además de perfectamente odioso y despreciable, perfectamente grotesco. El tono grotesco es el dominante en ese catalanismo, que no ha hecho nada—nada bueno, nada noble—por Cataluña. Yo le he oído hablar a un catalanista de esos cerriles y de cultura espesa, y decía que Madrid—que no conocía, porque él únicamente se gastaba su buen dinerito en Barcelona y en Caldetas—era una nueva Sodoma. Otros querían sembrar Castilla de sal. Otros, después de comer, con la tripa llena, lloraba como un becerro cuando su chiea cantaba "L'emigrant"; otro me decía que él no leía sino libros catalanes, porque le parecía imposible que en otro idioma se pudieran escribir buenos libros.

Resulta cómico, ¿verdad? Y triste, vergonzosamente triste.

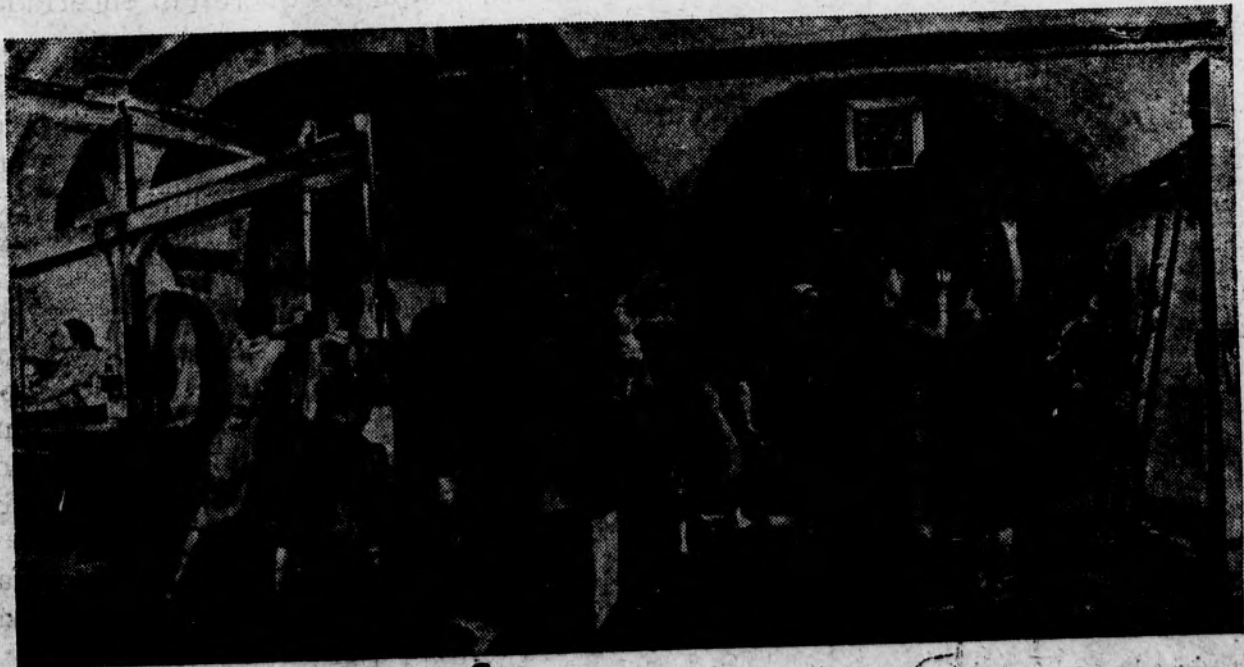
Pero no otra cosa puede esperarse de un partido burgués de "tranquilidad y buenos alimentos", sino flojez, mezquindad, cobardía, ramplonería. El burgués es infecto en todas las latitudes. Pero en casi todas es más inteligente que en Cataluña. A pesar de esa atmósfera de falso intelectualismo—rastacuerismo puro en el fondo—, que es la adquisición de un Botticelli y la publicación de clásicos griegos y latinos a precios que no puede pagar el obrero y mutilando el texto por una hipócrita pudibundez.

A quienes sinceramente y lealmente les interese el problema de Cataluña hay que hacerles saber que, a pesar de su aparente vitalidad—un cuerpo que sólo animan los gusanos—, la Lliga no es Cataluña. El pueblo sabe que esta funesta agrupación burguesa sólo se mueve por apetitos mezquinos; avala Bancos en quiebra; funda Sociedades económicas; maneja el dinero; aconseja el orden y la templanza y el "seny"; hace una política orientada siempre al logro de sus intereses, sin importarle un ardite los del pueblo, a quien teme, odia y desprecia.

No hay un obrero, un trabajador, un hombre de blusa—a no ser que se trate de un cretino—, que forme en las filas de la Lliga. Y es que, por instinto, se presiente que la política de la Lliga no le conviene al pueblo. Política rapaz, turbia, de sembrar cizaña siempre que ha convenido; de revivir los espantajos de Felipe IV, de Felipe V y del Conde-duque y crear la leyenda de un Madrid enemigo; de fomentar un odio estúpido; de tener siempre la puerta cerrada; de llenarse la boca con el desprecio y la lástima para con todo aquel que no ha tenido la suerte de nacer en Cataluña.

Hoy la política de la Lliga es otra: adopta otra táctica, viste otro traje, y Madrid merece todo su cariño y todas sus zalemas. Política bajuna de pacto, de colaboración interesada, de fusión sospechosa, de añagaza, de concordia que no engaña a nadie. Los enemigos ancestrales, los que encarnaban el espíritu del conde-duque de Olivares, ¿dónde están? Los ha redimido, los ha cambiado, los ha metamorfoseado la Lliga, con Cambó a la cabeza. Como había redimido y ganado a su causa a Primo de Rivera cuando el golpe de Estado del 13 de septiembre.

Pero Primo de Rivera, una vez en el Poder y sin necesitar el apoyo de Cataluña—de la Cataluña burguesa y patronal, que pagaba a los pistoleros para no pagar a los trabajadores—, les hizo la higa a Cataluña y a Cambó.



"El molino", cuadro de Joaquín Valverde en la Exposición Nacional

Nacimiento del esclavo

por SERGEJ SEMJONOW

Sergej Semjonow, autor de este cuento, ha nacido en 1893. Su padre era herrero en Petersburgo, candidato en las elecciones de los soviets en 1905. La juventud de Sergej ha sido la de un trabajador proletario. Tomó parte activa en la revolución y sirvió durante tres años en la armada roja. Fué herido y perdió el ojo derecho. Después entró a trabajar en el partido. Rápidamente se vió atacado de una enfermedad a los pulmones. En el hospital comenzó a escribir y allí conoció a Gorki, quien le animó y le ayudó. Inmediatamente apareció impreso el primer cuento. Escribió "Hambre", una de las grandes novelas rusas de la actualidad.

F. F. A.

Nació allí donde los hombres están destinados a trabajar desde la cuna hasta la sepultura. Miseria, preocupaciones y trabajo le rodearon apenas abrió los ojos a la luz.

Su aparición no producía esperanza o alegría, ni siquiera aflicción. «Ahora está aquí ya, pensaba resignado el padre, y mal será que no pueda vivir.» «Y si no, que se haga la voluntad de Dios.» Pero mientras pensaba así surgía en el fondo de su conciencia la gran responsabilidad que acababa de contraer, y se sentía contristado bajo el peso de esta sensación.

Pero no se arriesgaba a expresarla en alta voz. Su mujer, pálida, estaba acostada al lado del niño, al cual miraba ensimismada, acariciándole suavemente, con el sentimiento de que acababa de darle la vida.

El padre era esclavo sometido de aquella inmensa y negra región, y mientras se inclinaba sobre la cama y con mano ansiosa acariciaba la carne sonrosada y contemplaba los bracitos y las menudas piernas, no podía liberarse de la obsesión de su esclavitud.

«Así, mujer, debemos vivir desde ahora más económicamente.»

Se esforzaba en dar a su rostro clorótico, gris e indiferente, una expresión de ternura. Sentía que sus palabras debían producir en su mujer, tendida delante de él, el encandilamiento del dolor. Él quería señalarle a ella que era capaz de comprenderlo, pero que ella estaba obligada a ver las cosas claras.

En el rostro sencillo de la mujer se destacaba la ancha, carnosa nariz. Sus amarillos brazos se levantaban en movimiento instintivo, como queriendo proteger al niño.

El miraba.

«Ella no entiende»; él se miraba a sí mismo y clavaba la mirada en su interior.

La ira le subía al rostro en oleadas, pero fué capaz de contenerla, así como las palabras crueles que le asaltaban.

Se inclinaba profundamente sobre el nuevo, pequeño hombre. Pero le irritaba que su mujer no le entendiera. ¿No había él dicho aquellas palabras preocupado, precisamente, por ella?

La vida no le era fácil. Todo el producto de su trabajo le era necesario para ellos. No podían cargarlo más todavía.

El instintivo movimiento de brazos de la mujer le denunciaba que las exigencias de él, el alimentador, se agravaban con la llegada de este segundo hijo.

Con un tono amable pretendió atraerse a su mujer y convencerla de que no quería ofenderla. «Debemos ahorrar todo lo posible y contar cada perra», repetía cada vez más insistentemente cuando entregaba su salario semanal. «¡Ahorrar, ahorrar!»

El esperaba una contestación de ella, pero ella no decía nada.

En su silencio encontraba él un consuelo.

Siempre se había inclinado ante su autoridad y razón de hombre, pero esta vez sentía en ella una resistencia que le confundía. Delante de su imaginación se señalaba claro y preciso el porvenir del hijo. Vivirá como vivieron su padre y su abuelo. Con gusto le daría ilustración. Pero, ¿de dónde obtener los medios?

A él mismo no le había permitido su padre asistir a la escuela hasta el último año. A los nueve años se vió obligado a comenzar el aprendizaje de pintor. A los doce conducía pesadas cargas en una fábrica. Las noches las aprovechaba aprendiendo con aplicación para llegar a ser un buen tornero.

Su hijo tendría más suerte. Visitaría la escuela hasta el final. Si después quiere progresar, deberá hacerlo sobre propios esfuerzos.

Pero él debe trabajar. Debe ayudar al padre a sostener la familia. Así ha vivido él, así había vivido su padre. Así vivían todos aquellos que están encerrados en aquella grande, oscura región.

Estos eran sus pensamientos detrás de aquellas cautelosas, examinantes palabras. La pálida mujer lo había comprendido bien. Pero ella era madre, y su mudo movimiento de brazos significaba desaprobación.

El hombre comprendía sus gestos, pero no podía seguir sus sentimientos. La miraba con su mirada mate, herido en su conciencia culpable. Al lado de la sensación de culpa estaba también la curiosidad ingenua del hombre frente al gran secreto de la mujer.

No se atrevía a contrariarla, y decía, reconciliante, más para sí mismo que para ella: «...»

«No importa. Dios nos acompañará. Cuando el muchacho sea mayor será una ayuda para nosotros.»

La mujer seguía impenetrablemente callada y su sufrimiento era cada vez mayor. El veía los encantadores movimientos de sus oscuros ojos y de las comisuras de la boca y comprendía que había vuelto a hacerla sufrir. Hería su sentimiento al hablar en este instante de las necesidades de todos los días.

Pero ella no podía expresar en palabras sus sentimientos. Su campo de mirada espiritual era angosto, su repertorio de palabras, pobre; no obstante, podía elevar el pensamiento hasta lo más abstracto. Podían sólo decir que sus sentimientos eran su propio ser.

«No; no te equivocas. El no cargará como tú, a los doce años, barras de hierro en una fábrica», sueña, con la mirada tan pronto sobre el niño como fija en el techo de la habitación. «No será, como tú, un esclavo de la fábrica. A todo trance le obligo yo a que continúe en la escuela hasta «aprender lo último», aunque yo para ello tenga que mendigar de rodillas. Y cuando él lo haya aprendido todo, todo, debe ser no trabajador, sino empleado... Seguro... Quizá tenedor de libros.»

Ella no sabía lo que era tenedor de libros.

Oscuramente se representaba ella ante la palabra una personalidad gorda con un puro en la boca, como el director de la fábrica de quien el hombre contaba. «Así debe llegar a ser», pensaba con rencor contra su hombre.

Más altos no llegaban sus sueños. Ella sabía que existían puestos más elevados. Pero ella no quería salir de su círculo de situación. No deseaba para su hijo lo que pudiera separarla de ella.

«Yo quiero tenerlo a mi lado. Espérennos al tiempo. Con la ayuda de Dios llegaremos.»

Cogía la nudosa mano del hombre y la pasaba por la suave cabeza del niño, cubierta de pequeños pelos.

Semejante ternura femenina no hubiera sido posible en cualquiera de sus días cotidianos. Sólo el extraordinario momento podía sacar de sus profundidades aquella emoción.

«Mira qué hermoso es nuestro hijo», decía, y dirigía los ojos del hombre al adormecido niño.

El comprendía la ingenuidad de las esperanzas de ella. Pero no se atrevía a contradecirla, provocando de nuevo su enojo.

La pálida faz de la mujer brillaba de gloria emocionada por su victoria.

El hombre pensaba: ¡en dos años, dos hijos! ¿Y si vienen todavía más? Difícil será la vida hasta que ellos crezcan.

Y la mujer no entiende esto.

Torpeamente besa a la madre y al hijo. Esto es tan extraño a su vida gris... Parece tan superfluo...

Entonces repite él con fuerte voz: «Una poderosa ayuda debe llegar a ser el niño para nosotros. Una poderosa ayuda. ¡Déjalo que llegue a ser mayor!»

Reflexiones sobre un libro de Albornoz

por GABRIEL MORON

La pluma maestra—en pleno dominio de las maneras más fecundas, ideológicamente—de D. Alvaro de Albornoz—recio intelecto, brioso temperamento de acción—acaba de regalarnos con el exquisito manjar de dos libros, eficaces, reconfortantes del sentimiento y de la conciencia ciudadanos, ya un poco estragados por la ingerencia de tantos «platos del día» aderezados con la precipitación desaprensiva de la cocina barata.

Estos dos libros—magníficos, insinuadores—«El Gobierno de los Caudillos militares» y «El Gran Collar de la Justicia»—que nos acaban de llegar ahora cariñosamente dedicados—como ensayos de doctrina y de polémica, mejor como valiosa aportación para una recta y sincera valoración de la Historia de España, en el ciclo que corresponde a «su formación política» constituyen notas de singular vibración, rompiendo el sonsonete «descaracterizado» de una literatura efectista que asalta, siempre llamativa en sus sustentaciones materiales, los escaparatés de las librerías, más que por nada, por subvenir a necesidades netamente mercantiles, sin que seriamente importe el sentido de una responsabilidad superior asentada sobre los imperativos de conciencia. Del primero de estos libros la Prensa habló ya en el tono merecido. Nada nuevo habíamos de aportar nosotros en calidad de críticos retrasados.

Hablemos ahora del segundo: de este «Gran Collar de la Justicia», tan espléndido en ideas de honda trascendencia política, tan lleno de sugestiones en el trazo sintético de lo acontecido—plano sinóptico del acontecer—con que puede afirmarse aquella admirable fórmula «bergsoniana» que situaba la tangibilidad de la conciencia en el impulso que, arrancado del pasado como experiencia y afirmándose en el presente como realidad se dispara hacia el porvenir como más alta ideación potencial.

Porque esto ante todo es el libro de Albornoz: un hábil y concienzudo collar, al que se engarzan las cuentas de una experiencia histórica de tal manera que al ir las deslizando en contraste ponderado con realidades del presente no ofrece el sentido concreto de una continuidad que encierra con broche fatalista la garganta del futuro.

Por algo late en esas páginas el dolorido sentimiento de la decepción, de la desesperanza, como hilos inacabables con que se ha ido tejiendo toda la pobre historia política de nuestro pueblo, en la que abundan chillonas notas de color a veces, pero cubriendo con superficiales efectismos lo burdo del tejido empleado tan sólo a manera de li-

gadura interior, para aprisionar los músculos y la voluntad de quien se ha sentido excesivamente débil al querer romper el atadero y remiso para poner sobre el telar de su civismo la labor de terciopelo de su propia justicia.

Proyectos, proyectos..., eso es todo. Proyectos, pero muy a la superficie. En lo más hondo de la extraña, la tragedia de una impotencia, la tortura de un quiero y no puedo; el dolor de no saber luchar frente al propio destino.

Las grandes iniciativas de Flórez Estrada—el más recio pensamiento de estadista que tuvo la turbulencia del siglo XIX—los movimientos revolucionarios que llenan todo el período anterior a la restauración, pasan sin dejar grandes huellas en la conciencia del pueblo. Es que «todo aquello», no son sino vibraciones reflejas, o, cuando más, inevitables reacciones ofensivas contra la audacia de las tiranías. Porque en España el caso pintoresco es que lo único revolucionario fué el poder, el caprichoso concepto del poder, el mal uso del poder.

No existe voluntad de protesta y de revulsión—no revolución—sino cuando el instinto de conservación obliga a defenderse.

Pero la verdadera energía revolucionaria no cuenta para nada. Los programas y los hombres se someten dóciles en cuanto la borrasca pasa y un cauce de simulaciones legales deja discurrir tranquilas las aguas de las increpaciones. Todo el siglo XIX se está jugando a la revolución, para en el momento de enfrentarse con ella seriamente acomodarse al discreto sentido conciliador.

De ahí que no se haya hecho conciencia popular; de ahí que el espíritu civil haya estado ausente de las luchas políticas de tanto tiempo. De ahí que ahora tengamos que aceptar como una evidencia lo que dice Albornoz en las páginas 104 y 105 de su libro: «que para organizar la nación hay que comenzar por organizar el Estado. No trazar un Estado de papel, sino estructurarlo en el pueblo. Liquidar cien años de Historia y ganarlos al mismo tiempo... Una obra de titanes».

Nada más real. Esas luchas de cien años no han dado conciencia al pueblo; el pueblo se encuentra alejado de sus problemas de Estado y no reconoce de ello sino desilusiones, desencantos; lo peor que puede conocerse.

Ahora es necesario empezar por incorporar el pueblo al concierto de las emociones civiles; dosificándole los problemas, atrayéndole a la lucha activa de intereses inmediatos, ya que el supremo interés de ciudadanía no pasó en las luchas políticas reseñadas en ese libro, de simple tópico con que

muchas veces se intentó hacer la revolución, para acabar en una discreta formulita de arreglo.

Todo esto y muchas cosas más nos sugiere la lectura de libro tan interesante y magistralmente escrito.

Luego, los trazos psicológicos con que Albornoz pinta al pueblo español, admirables. Sobre todo en el capítulo «El carácter español y la ciudadanía», en que se describe todo el trágico sentido de ese culto al pasado que es la más frecuente insinuación del sentimiento civil de España, empeñada en vivir de tradiciones, sin romper los vínculos con un pasado de sombras...

«El Gran Collar de la Justicia» nos ha entusiasmado. Y conste que nosotros ya estamos dispuestos a no entusiasmarnos con mucha frecuencia.

Turismo y diplomacia. Sobre todo, turismo

Desde el famoso viaje a Barcelona de los intelectuales castellanos, fletados por Cambó y la Lliga, las excursiones «intelectuales» continúan. Es una nueva forma de turismo, donde hemos visto tantos hombres ilustres de las ciencias y las artes.

Primero, Barcelona. Luego, Sevilla, con unos cuantos «reservistas» de la literatura, contratados por la «CIAP» para inaugurar una librería. Ahora, otra vez Sevilla.

Sevilla, que al parecer está en el camino de Méjico. Con motivo de la clausura de la Exposición, la República de Méjico invirtió algún dinero en las fiestas finales de su pabellón. Y encargó a sus representantes en Madrid que invitasen a un grupo de escritores y periodistas, interesados en la obra de Méjico, para que asistiesen a aquellos actos. Todo esto, plausible y excelente.

Pero he aquí que el encargado de hacer las invitaciones es un secretario de Embajada que, como casi todos los secretarios de Embajada, es un poeta puro. Nos referimos al Sr. Torres Bodet, poeta puro—como el agua inodora, incolora e insípida—, que llevó a Sevilla a un grupo de escritores apolíticos, que nada tienen que ver con Méjico, y a los que no les interesa el problema político de Méjico porque no lo sienten. Alguno de ellos hasta es enemigo de las democracias. Aunque amigo del Sr. Torres Bodet.

A nosotros nos parece muy bien que hayan asistido a esos actos D. Luis Araquistain, D. Julio Alvarez del Vayo y otros escritores de manifiesta solvencia intelectual, explícitos simpatizantes con las reformas socialistas mexicanas. Pero no comprendemos otras invitaciones.

Como no sea la nueva forma de turismo que cultivan nuestros intelectuales.

UN CUEN-
TO RUSO
NUEVO

Nacimiento del esclavo

por SERGEJ SEMJONOW

Sergej Semjonow, autor de este cuento, ha nacido en 1893. Su padre era herrero en Petersburgo, candidato en las elecciones de los soviets en 1905. La juventud de Sergej ha sido la de un trabajador proletario. Tomó parte activa en la revolución y sirvió durante tres años en la armada roja. Fué herido y perdió el ojo derecho. Después entró a trabajar en el partido. Rápidamente se vió atacado de una enfermedad a los pulmones. En el hospital comenzó a escribir y allí conoció a Gorki, quien le animó y le ayudó. Inmediatamente apareció impreso el primer cuento. Escribió "Hambre", una de las grandes novelas rusas de la actualidad.

F. F. A.

Nació allí donde los hombres están destinados a trabajar desde la cuna hasta la sepultura. Miseria, preocupaciones y trabajo le rodearon apenas abrió los ojos a la luz.

Su aparición no producía esperanza o alegría, ni siquiera aflicción. «Ahora está aquí ya, pensaba resignado el padre, y mal será que no pueda vivir.» «Y si no, que se haga la voluntad de Dios.» Pero mientras pensaba así surgía en el fondo de su conciencia la gran responsabilidad que acababa de contraer, y se sentía contristado bajo el peso de esta sensación.

Pero no se arriesgaba a expresarla en alta voz. Su mujer, pálida, estaba acostada al lado del niño, al cual miraba ensimismada, acariciándole suavemente, con el sentimiento de que acababa de darle la vida.

El padre era esclavo sometido de aquella inmensa y negra región, y mientras se inclinaba sobre la cama y con mano ansiosa acariciaba la carne sonrosada y contemplaba los bracitos y las menudas piernas, no podía liberarse de la obsesión de su esclavitud.

«Así, mujer, debemos vivir desde ahora más económicamente.»

Se esforzaba en dar a su rostro clorótico, gris e indiferente, una expresión de ternura. Sentía que sus palabras debían producir en su mujer, tendida delante de él, el encandilamiento del dolor. Él quería señalarle a ella que era capaz de comprenderlo, pero que ella estaba obligada a ver las cosas claras.

En el rostro sencillez de la mujer se destacaba la ancha, carnosa nariz. Sus amarillos brazos se levantaban en movimiento instintivo, como queriendo proteger al niño.

El miraba.

«Ella no entiende»; él se miraba a sí mismo y clavaba la mirada en su interior.

La ira le subía al rostro en oleadas, pero fué capaz de contenerla, así como las palabras crueles que le asaltaban.

Se inclinaba profundamente sobre el nuevo, pequeño hombre. Pero le irritaba que su mujer no le entendiera. ¿No había él dicho aquellas palabras preocupado, precisamente, por ella?

La vida no le era fácil. Todo el producto de su trabajo le era necesario para ellos. No podían cargarlo más todavía.

El instintivo movimiento de brazos de la mujer le denunciaba que las exigencias de él, el alimentador, se agravaban con la llegada de este segundo hijo.

Con un tono amable pretendió atraerse a su mujer y convencerla de que no quería ofenderla. «Debemos ahorrar todo lo posible y contar cada perra», repetía cada vez más insistentemente cuando entregaba su salario semanal. «¡Ahorrar, ahorrar!»

El esperaba una contestación de ella, pero ella no decía nada.

En su silencio encontraba él un consuelo.

Siempre se había inclinado ante su autoridad y razón de hombre, pero esta vez sentía en ella una resistencia que le confundía. Delante de su imaginación se señalaba claro y preciso el porvenir del hijo. Vivirá como vivieron su padre y su abuelo. Con gusto le daría ilustración. Pero, ¿de dónde obtener los medios?

A él mismo no le había permitido su padre asistir a la escuela hasta el último año. A los nueve años se vió obligado a comenzar el aprendizaje de pintor. A los doce conducía pesadas cargas en una fábrica. Las noches las aprovechaba aprendiendo con aplicación para llegar a ser un buen tornero.

Su hijo tendría más suerte. Visitaría la escuela hasta el final. Si después quiere progresar, deberá hacerlo sobre propios esfuerzos.

Pero él debe trabajar. Debe ayudar al padre a sostener la familia. Así ha vivido él, así había vivido su padre. Así vivían todos aquellos que están encerrados en aquella grande, oscura región.

Estos eran sus pensamientos detrás de aquellas cautelosas, examinantes palabras. La pálida mujer lo había comprendido bien. Pero ella era madre, y su mudo movimiento de brazos significaba desaprobación.

El hombre comprendía sus gestos, pero no podía seguir sus sentimientos. La miraba con su mirada mate, herido en su conciencia culpable. Al lado de la sensación de culpa estaba también la curiosidad ingenua del hombre frente al gran secreto de la mujer.

No se atrevía a contrariarla, y decía, reconciliante, más para sí mismo que para ella:

«No importa. Dios nos acompañará. Cuando el muchacho sea mayor será una ayuda para nosotros.»

La mujer seguía impenetrablemente callada y su sufrimiento era cada vez mayor. El veía los encantadores movimientos de sus oscuros ojos y de las comisuras de la boca y comprendía que había vuelto a hacerla sufrir. Hería su sentimiento al hablar en este instante de las necesidades de todos los días.

Pero ella no podía expresar en palabras sus sentimientos. Su campo de mirada espiritual era angosto, su repertorio de palabras, pobre; no obstante, podía elevar el pensamiento hasta lo más abstracto. Podían sólo decir que sus sentimientos eran su propio ser.

«No; no te equivocas. Él no cargará como tú, a los doce años, barras de hierro en una fábrica», sueña, con la mirada tan pronto sobre el niño como fija en el techo de la habitación. «No será, como tú, un esclavo de la fábrica. A todo trance le obligo yo a que continúe en la escuela hasta «aprender lo último», aunque yo para ello tenga que mendigar de rodillas. Y cuando él lo haya aprendido todo, todo, debe ser no trabajador, sino empleado... Seguro... Quizá tenedor de libros.»

Ella no sabía lo que era tenedor de libros.

Oscuramente se representaba ella ante la palabra una personalidad gorda con un puro en la boca, como el director de la fábrica de quien el hombre contaba. «Así debe llegar a ser», pensaba con rencor contra su hombre.

Más altos no llegaban sus sueños. Ella sabía que existían puestos más elevados. Pero ella no quería salir de su círculo de situación. No deseaba para su hijo lo que pudiera separarla de ella.

«Yo quiero tenerlo a mi lado. Espéremos al tiempo. Con la ayuda de Dios llegaremos.»

Cogía la nudosa mano del hombre y la pasaba por la suave cabeza del niño, cubierta de pequeños pelos.

Semejante ternura femenina no hubiera sido posible en cualquiera de sus días cotidianos. Sólo el extraordinario momento podía sacar de sus profundidades aquella emoción.

«Mira qué hermoso es nuestro hijo», decía, y dirigía los ojos del hombre al adormecido niño.

El comprendía la ingenuidad de las esperanzas de ella. Pero no se atrevía a contradecirla, provocando de nuevo su enojo.

La pálida faz de la mujer brillaba de gloria emocionada por su victoria.

El hombre pensaba: ¡en dos años, dos hijos! ¿Y si vienen todavía más? Difícil será la vida hasta que ellos crezcan.

Y la mujer no entiende esto.

Torpemente besa a la madre y al hijo.

Esto es tan extraño a su vida gris... Parece tan superfluo...

Entonces repite él con fuerte voz: «Una poderosa ayuda debe llegar a ser el niño para nosotros. Una poderosa ayuda. ¡Déjalo que llegue a ser mayor!»

Reflexiones sobre un libro de Albornoz

por GABRIEL MORON

La pluma maestra—en pleno dominio de las maneras más fecundas, ideológicamente—de D. Alvaro de Albornoz—recio intelecto, brioso temperamento de acción—acaba de regalarnos con el exquisito manjar de dos libros, eficaces, reconfortantes del sentimiento y de la conciencia ciudadanos, ya un poco estragados por la ingerencia de tantos “platos del día” aderezados con la precipitación desaprensiva de la cocina barata.

Estos dos libros—magníficos, insinuadores—“El Gobierno de los Caudillos militares” y “El Gran Collar de la Justicia”—que nos acaban de llegar ahora cariñosamente dedicados—como ensayos de doctrina y de polémica, mejor como valiosa aportación para una recta y sincera valoración de la Historia de España, en el ciclo que corresponde a “su formación política” constituyen notas de singular vibración, rompiendo el sonsonete “descaracterizado” de una literatura efectista que asalta, siempre llamativa en sus sustentaciones materiales, los escaparates de las librerías, más que por nada, por subvenir a necesidades netamente mercantiles, sin que seriamente importe el sentido de una responsabilidad superior asentada sobre los imperativos de conciencia. Del primero de estos libros la Prensa habló ya en el tono merecido. Nada nuevo habíamos de aportar nosotros en calidad de críticos retrasados.

Hablemos ahora del segundo: de este “Gran Collar de la Justicia”, tan espléndido en ideas de honda trascendencia política, tan lleno de sugerencias en el trazo sintético de lo acontecido—plano sinóptico del acontecer—con que puede afirmarse aquella admirable fórmula “bergsoniana” que situaba la tangibilidad de la conciencia en el impulso que, arrancado del pasado como experiencia y afirmándose en el presente como realidad se dispara hacia el porvenir como más alta ideación potencial.

Porque esto ante todo es el libro de Albornoz: un hábil y concienzudo collar, al que se engarzan las cuentas de una experiencia histórica de tal manera que al ir las deslizando en contraste ponderado con realidades del presente no ofrece el sentido concreto de una continuidad que encierra con broche fatalista la garganta del futuro.

Por algo late en esas páginas el dolido sentimiento de la decepción, de la desesperanza, como hilos inacabables con que se ha ido tejiendo toda la pobre historia política de nuestro pueblo, en la que abundan chillonas notas de color a veces, pero cubriendo con superficiales efectismos lo burdo del tejido empleado tan sólo a manera de li-

gadura interior, para aprisionar los músculos y la voluntad de quien se ha sentido excesivamente débil al querer romper el atadero y remiso para poner sobre el telar de su civismo la labor de terciopelo de su propia justicia.

Proyectos, proyectos..., eso es todo. Proyectos, pero muy a la superficie. En lo más hondo de la extraña, la tragedia de una impotencia, la tortura de un quiero y no puedo; el dolor de no saber luchar frente al propio destino.

Las grandes iniciativas de Flórez Estrada—el más recio pensamiento de estadista que tuvo la turbulencia del siglo XIX—los movimientos revolucionarios que llenan todo el período anterior a la restauración, pasan sin dejar grandes huellas en la conciencia del pueblo. Es que “todo aquello”, no son sino vibraciones reflejas, o, cuando más, inevitables reacciones ofensivas contra la audacia de las tiranías. Porque en España el caso pintoresco es que lo único revolucionario fué el poder, el caprichoso concepto del poder, el mal uso del poder.

No existe voluntad de protesta y de revulsión—no revolución—sino cuando el instinto de conservación obliga a defenderse.

Pero la verdadera energía revolucionaria no cuenta para nada. Los programas y los hombres se someten dóciles en cuanto la borrasca pasa y un cauce de simulaciones legales deja discurrir tranquilas las aguas de las increpaciones. Todo el siglo XIX se está jugando a la revolución, para en el momento de enfrentarse con ella seriamente acomodarse al discreto sentido conciliador.

De ahí que no se haya hecho conciencia popular; de ahí que el espíritu civil haya estado ausente de las luchas políticas de tanto tiempo. De ahí que ahora tengamos que aceptar como una evidencia lo que dice Albornoz en las páginas 104 y 105 de su libro: “que para organizar la nación hay que comenzar por organizar el Estado. No trazar un Estado de papel, sino estructurarlo en el pueblo. Liquidar cien años de Historia y ganarlos al mismo tiempo”... Una obra de titanes.

Nada más real. Esas luchas de cien años no han dado conciencia al pueblo; el pueblo se encuentra alejado de sus problemas de Estado y no reconoce de ello sino desilusiones, desencantos; lo peor que puede conocerse.

Ahora es necesario empezar por incorporar el pueblo al concierto de las emociones civiles; dosificándole los problemas, atrayéndole a la lucha activa de intereses inmediatos, ya que el supremo interés de ciudadanía no pasó en las luchas políticas reseñadas en ese libro, de simple tópico con que

muchas veces se intentó hacer la revolución, para acabar en una discreta formulita de arreglo.

Todo esto y muchas cosas más nos sugiere la lectura de libro tan interesante y magistralmente escrito.

Luego, los trazos psicológicos con que Albornoz pinta al pueblo español, admirables. Sobre todo en el capítulo “El carácter español y la ciudadanía”, en que se describe todo el trágico sentido de ese culto al pasado que es la más frecuente insinuación del sentimiento civil de España, empeñada en vivir de tradiciones, sin romper los vínculos con un pasado de sombras...

“El Gran Collar de la Justicia” nos ha entusiasmado. Y conste que nosotros ya estamos dispuestos a no entusiasmarnos con mucha frecuencia.

Turismo y diplomacia. Sobre todo, turismo

Desde el famoso viaje a Barcelona de los intelectuales castellanos, fletados por Cambó y la Lliga, las excursiones “intelectuales” continúan. Es una nueva forma de turismo, donde hemos visto tantos hombres ilustres de las ciencias y las artes.

Primero, Barcelona. Luego, Sevilla, con unos cuantos “reservistas” de la literatura, contratados por la “CIAP” para inaugurar una librería. Ahora, otra vez Sevilla.

Sevilla, que al parecer está en el camino de Méjico. Con motivo de la clausura de la Exposición, la República de Méjico invirtió algún dinero en las fiestas finales de su pabellón. Y encargó a sus representantes en Madrid que invitasen a un grupo de escritores y periodistas, interesados en la obra de Méjico, para que asistiesen a aquellos actos. Todo esto, plausible y excelente.

Pero he aquí que el encargado de hacer las invitaciones es un secretario de Embajada que, como casi todos los secretarios de Embajada, es un poeta puro. Nos referimos al Sr. Torres Bodet, poeta puro—como el agua inodora, incolora e insípida—, que llevó a Sevilla a un grupo de escritores apolíticos, que nada tienen que ver con Méjico, y a los que no les interesa el problema político de Méjico porque no lo sienten. Alguno de ellos hasta es enemigo de las democracias. Aunque amigo del Sr. Torres Bodet.

A nosotros nos parece muy bien que hayan asistido a esos actos D. Luis Araquistain, D. Julio Alvarez del Vayo y otros escritores de manifiesta solvencia intelectual, explícitos simpatizantes con las reformas socialistas mexicanas. Pero no comprendemos otras invitaciones.

Como no sea la nueva forma de turismo que cultivan nuestros intelectuales.



RIFA

Las cosas en su punto. Que el Consejo de Instrucción pública sea una cueva de clericales; que Marañón se haya equivocado; que la enseñanza deba encomendarse al Estado, etc., etc.

Todo lo que ustedes quieran.

Pero que Gascón y Marín, antiguo asambleísta, colaborador de la dictadura, quede como liberal, eso de ningún modo.

No hay que perder la cabeza.

Pedro Sáinz Rodríguez se va a la Argentina.

Maeztu ha ido de embajador de Primo de Rivera; él va de viajante de librería.

He ahí el periplo de un erudito.

Con motivo de la marcha a América del ilustre polígrafo y ex asambleísta Sr. Sáinz Rodríguez, un escritor de la casa—de la casa C. I. A. P.—afirma (en el periódico de la casa) que el espíritu del Sáinz es “palanca que apoya en su gran erudición, remueve el mundo y lo sitúa”.

¿Una palanca? ¿Un traslado? ¿Un mundo?

¡Ah, vamos!

Se trata de un baúl.

Muy bien, García Hidalgo.

Muy bien, “Política” de Córdoba.

Al cochambroso Cruz Conde hay que someterle al juicio de los Tribunales por su actuación durante la dictadura y además sancionar su descomedida conducta con una repulsa general.

Quieran o no quieran los cuatro bigardos asalariados que le sirven de “flamencos”.

Muy bien, “Política” de Córdoba.

Muy bien, García Hidalgo.

Arenal de Sevilla,
Torre del Oro.

Si no se va Cruz Conde,
arenal sólo.

(Del “folklore” andaluz.)

Derecha republicana: el hijo de Ossorio, el de Sánchez Guerra, el de Maura...

“Los hijos de los padres que odié tanto...”

Decía un poeta y profesor en una tertulia literaria.

El discurso de esa éstantigua de siete suelas que se llama el conde de Romanones nos ha hecho pasar un rato divino.

Nos hemos divertido más que un peregrino español en París.

“¿Hombre a dos filos?”

Bueno.

Pero sin punta.

Ya lo verán ustedes.

La Monarquía puede estar orgullosa con su Vieja Guardia: Romanones, Alhucemas y Alba. Y con su Estado Mayor: Bugallal y Cambó. Y con sus “boy-ssouts”: Goicoechea y Cosculluela, Calvo Sotelo y Yanguas Mesía.

Realmente, contando con elementos tan fuertes y tan prestigiosos, la Monarquía puede dormir tranquila.

Siendo presidente del Consejo de ministros D. Miguel Primo de Rivera se llevó a cabo la suscripción—popular y espontánea—para regalarle una casa a D. Miguel Primo de Rivera.

Lo más lamentable de la muerte del cura de Hernani en París es que le ha sorprendido la Parca con la coronilla tapada y vestido de parachutista.

De seguro que San Pedro no se ha

creído que era cura y no le ha dejado entrar en el cielo.

Con ese traje y sin la bendición de S. S. no se puede entrar en el paraíso.

A no ser en “Le Paradis”, cabaret de Montmartre.

Un gran escritor del 98 decía, hablando de Maeztu:

—Es tan ignorante, que hasta hace poco ignoraba cosas tan elementales como que la tierra es redonda. En la tertulia intentamos explicárselo. Pero fué inútil. Los razonamientos científicos le rebotan en la frente. Gracias a que cayó por el café un marino mercante, que le puso el ejemplo aquel de que habla el “Juanito” del barco que parece que se va hundiendo poco a poco en el horizonte, debido a la esfericidad del planeta... Y logró convencerle.

En Sevilla le llamaban “Pasos largos”.

¿Cómo será el “hidalgo”.

“El Tribunal de Cuentas ha venido pidiendo en sus Memorias durante dos años explicación sobre la venta de barras de plata hecha en Londres por orden del Sr. Calvo Sotelo.

Todavía no se ha contestado. Parece que la venta no está muy clara.”

(De “Heraldo de Madrid”, que lo toma de “El Mundo”. Rogamos a nuestros colegas que continúen la cadena.)

Aunque parezca mentira, el conde de Romanones cree, en serio, que va a volver a gobernar. A través de las muchas vaciedades que ha dicho en su discurso se advierte—¡todavía!—un ansia de mando, de poder, que daría lástima si no diese asco.

Fué un discurso hecho a la medida del cacumen de dos clases de seres: los palaciegos y los palurdos.

En fin, Romanones ha quedado hecho una birria.

Y es que cuando a un hombre de talento le obceca la ambición se convierte en un pobre diablo.

Pero cuando el hombre no ha tenido talento nunca, como le pasa a Romanones, se convierte en un pingajo.



Ayuntamiento de Madrid

Una obra del Ateneo

La Comisión de Responsabilidades

El Ateneo— como nuestros lectores habrán sabido por la Prensa—ha nombrado una Comisión encargada de investigar las responsabilidades en que incurrió la dictadura. Los nombres de sus miembros son los de los ateneístas siguientes: Julián Besteiro, Fernando de los Ríos, Ossorio y Gallardo, Indalecio Prieto, Marcelino Domingo, Sánchez Román, Adolfo Posada, Miguel Maura, Blas Vives, Alcalá Zamora, Gabriel Franco, Daniel Riu, Benítez de Lugo, Alonso Zapata, Martín Echeverría, Rodrigo de Rodrigo, Martí Jara, Rocés, Juan Uña, Vicente Gaspar y Antonio de Obregón.

El número de miembros de la Comisión es el mismo que el de la que, elegida en el último parlamento, no pudo terminar su labor porque el Directorio la disolvió con las Cortes. Entre los componentes de esta actual del Ateneo hay varios ex diputados que pertenecieron a aquella Comisión anterior. En total, hay en ella diez ex diputados—dos de ellos ex ministros—juristas y economistas destacados y varios elementos jóvenes.

En su primera reunión los convocados convinieron en que la labor que ha de desarrollar esta Comisión es dificultosa en extremo, ya que no posee ningún medio de carácter ejecutivo para el acopio de datos y demás elemen-

tos necesarios para llevar a cabo sus trabajos, pero unánimemente se reconoció la necesidad de cumplir en toda regla el honroso encargo de la junta general.

Se acordó que la Comisión sea presidida por D. Manuel Azaña, cuya gestión al frente del Ateneo está siendo tan brillante, y quedó nombrada la Secretaría a cargo de los Sres. Vicente Gaspar y nuestro compañero Antonio de Obregón, redactor de NUEVA ESPAÑA, que integra, como hemos dicho, la Comisión.

Se trató asimismo de la información pública, donde podrán acudir todos los agraviados para la aportación de pruebas y documentos, acordándose que los trabajos de la Comisión no cesen durante el verano.

En su reunión segunda, la Comisión trabajó con el mayor celo y entusiasmo en la organización de su labor, dando forma a la iniciativa de la pública información y a la de dividir el trabajo en diferentes secciones para hacer más efectiva y escrupulosa la revisión de los graves problemas que a la Comisión se ofrecen. Se fijó un plazo para el término de la encuesta, que lo será el 1 de octubre.

Para imprimir la máxima eficacia y rapidez a su contenido, la Comisión acordó la clasificación siguiente de ma-

terias sobre las que se ha de emitir dictamen:

- 1.º La política de los Monopolios.
- 2.º La intervención en la Industria, en el Comercio y en los Cambios.
- 3.º La gestión de Hacienda, la violación de las leyes de Administración y Contabilidad y sus efectos.
- 4.º El abuso de las concesiones y de los avales del Estado.
- 5.º Conducta de la Dictadura ante las instituciones culturales y docentes.
- 6.º Los abusos en el régimen local y singularmente en su vida económica (empréstitos, contratos, etc.).
- 7.º Atentados a los derechos individuales.
- 8.º La coacción sobre la Justicia.
- 9.º El destrozo del Ejército; abusos administrativos y sus ocultaciones.
10. Favoritismo, nepotismo y cohecho.
11. Delitos políticos.
12. Responsabilidades y sanciones políticas y jurídicas.

Se acordó también hacer una investigación minuciosa en la legislación del período dictatorial, misión que fué confiada a los Sres. Rocés, Franco, Martí Jara y secretarios.

NUEVA ESPAÑA se adhiere con entusiasmo a los propósitos de la Comisión, que no duda alcanzará la meta que se proponga, dada la personalidad de cada uno de sus miembros y sus propósitos, y que hace, además, que el Ateneo dé, como siempre en su historia, un ejemplo al país de ciudadanía y laboriosidad.

Un concierto de música nueva española

por V. SALAS VIU

Creo que no es una sensación muy repetida la que nos produjo la conferencia de J. Mantecón sobre «Un aspecto de la música moderna española» en el Lyceum. Era el aspecto elegido por Mantecón el que nos podía dar mayor número de sensaciones agradables, por ser el que más nos podía henchir de las más seguras esperanzas respecto de nuestra música. En la disertación del culto crítico de «La Voz» nos fué presentado este aspecto con la maestría habitual en él unidos a ese calor de devoción y entusiasmo del que se encuentra enrolado en el movimiento.

Uno de los músicos interpretados era el propio Mantecón, con sus dos obras Giga de la «Sonatina Pastoral» y una «Copla de Mingo Revulgo», ambas de una granmodernidad y belleza; junto con ellas las obras llenas de musicalidad—esa rara avis en los innovadores de otras partes—de Remacha y Bautista, musicalidad que se codea junto a una técnica rica que no excluye en el primero de ambos un sentimentalismo sereno y agradable, como en el «Aria», ni una sencillez de expresión en el segundo, en su

«Villancico de las madres que tienen a sus hijos en brazos». De estos dos músicos fué interpretada también una danza de «La Maja Vestida» y «Violeta», de la Suite «Colores», obra esta segunda de un marcado tinte francés unido a una gran habilidad en el tratamiento del piano.

El programa, tan brillantemente ejecutado por E. Aroca, a pesar de que la precipitación le impidió dar una interpretación acabada de algunas obras, y la grata voz de Micaela Alonso, contenía la obra de R. Halffter «Dos Sonatas de El Escorial», en las que se vierte la más viva música en los magníficos moldes de la forma sonata anterior a Felipe Manuel Bach. Cada vez va quedando más clara la postura de nuestros músicos respecto a la utilización de las formas viejas, y aún más en el caso particular de Rodolfo Halffter, que las utiliza movido de una intensa necesidad estética, como un valor actual, reaccionando contra el diluirse divagatorio de los románticos y hasta de los impresionistas. No hay en él esa sequedad arqueológica que podría caracterizar a otros músicos; su obra es completamente actual y además de un gran

valor actual, así melódicamente como en el tratamiento armónico audaz e irreprochable, con esa irreprochabilidad característica de Falla que hace a estas obras de una limpidez absoluta. Estas obras están editadas por U. M. F. E., así como la «Danza del Chivato» del ballet «La Romería de los cornudos», que se tocó de G. Pittaluga, música fresca y juvenil influenciada por el Falla de «El Amor Brujo», envidiable influencia cuando se sabe aprovechar como Pittaluga. También fué interpretado un pregón de «El Loro», que cantó garbosamente Micaela Alonso.

Y se nos ha quedado para final Salvador Bacarisse. Este músico, que, según Mantecón, cree agotado el tesoro de la música antigua o, al menos, casi agotado, estaba representado por la Toccata de su recientemente estrenado «Concertino»; maravillosa tocata de una acritud armónica insuperable. Nadie mejor que Bacarisse puede llegar a arriesgarse más afortunadamente en el empleo de las más duras disonancias. Se cantó de este autor asimismo una «Elegía sin palabras», de una esplendente belleza.

El concierto fué repetido por Unión Radio, haciendo llegar a tantos la buena nueva de nuestra música joven.

Junio de 1930.



por JOSE DE LA FUENTE

Cierre de temporada

Los cinemas de la corte han cerrado sus puertas a los estrenos; bajan los precios de las localidades, quitan la sonoridad de sus cabinas y algunos han suspendido las sesiones de tarde.

Más retrasado que otros años este cierre de temporada; seguramente debido al tiempo que aún en junio invitaba a penetrar en los cerrados locales. Las terrazas no se ven muy concurridas y cinemas con terraza, como el San Miguel, no se han atrevido a inaugurarla. Efecto de este retraso es que los programas de "reprise" estén desorientados.

La temporada veraniega es deseada por los buenos admiradores del séptimo arte, por los estudiantes aplicados, que en este tiempo pueden repasar lecciones olvidadas. Pero este año parece que su afán de estudio ha de quedar defraudado. La pasada temporada veraniega les favoreció más. Una empresa especializó varias semanas; semanas cómicas, dramáticas, (semana de Greta Garbo, etc. Hasta ahora sólo un cinema ha hecho una semana cómica; de los demás, uno, "Venganza"; otro, "El negro que tenía el alma blanca" Pero estas películas son viejas, no antiguas.

¿Y los primitivos Charlots? ¿Y aquellos films de guerra del año 17? ¿Y las películas de episodios? Habrá que ir a verlas a Recoletos, a Rosales... La generación del cine ha llegado con retraso. El que ha visto nacer este nuevo arte no le interesó al principio, y cuando le ha agradado no le pareció oportuno, a menos de confesar su falta de previsión, ensalzarle. A aquellos que les ha agradado no pueden ver los primeros pasos, y por ser un arte colectivo no puede hacer otra cosa, en su afán de conocerlos, que esperar una amabilidad de la empresa y que para su goce se aburra el resto del público, si los films fuesen de los primitivos, de los ingenuos de aquel tiempo en que se creía que el cine era un teatro—con sus mismos trucos y decoraciones—pero más barato. Sin embargo, aún quedan otros films que por sus cualidades artísticas habrían de agradar a todos.

Tenemos un buen número de ellos: "El gabinete del Dr. Caligari", "Charlot soldado", "Y el mundo marcha", "Soledad", "El difunto Matías Pascal", "El séptimo cielo", "Impiedad" y otras que, como "El demonio y la carne" o como "Fausto se verían con gusto.

No olvidemos los films de episodios. Nos daríamos perfecta cuenta de un género olvidado, pero cuyas reminiscencias encontramos ahora en "La ley del hampa" y las que le han seguido en estilo.

Estas necesidades de los amantes del cinema no pueden ser satisfechas individual ni colectivamente, mientras esta satisfacción esté en manos de comerciantes, mientras ellos no dispusiesen de un local para estudiar la evolución de las proyecciones.

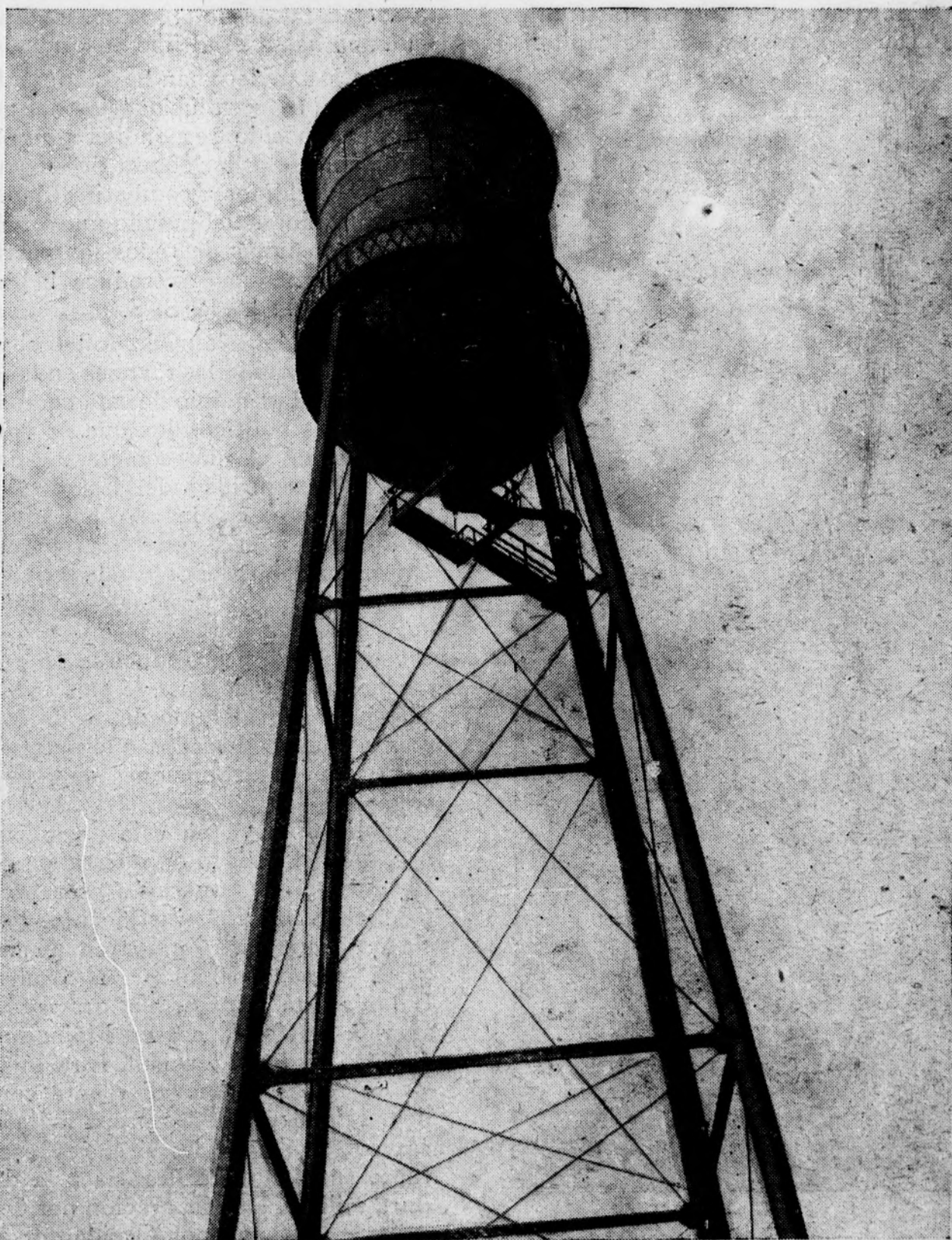
Un ensayo de unión fué el "Cineclub", pero no ha podido hacer su labor. Ha sido una reunión de aristócratas, de "snobs", que aplaudían lo

que no llegaban a comprender, lo que era de moda, y rechazaban—generalmente con los pies—los verdaderos films de estudio: cine ruso y Charlot; el cinema termina para ellos aquí. Y aun Charlot va perdiendo, por haberse hecho demasiado popular. Con esos films alternan en sus aplausos obras enfermas de pretensión. No necesitamos, para estudiar films a base de "flous", superposiciones, etc. Esto es el "camelo" del cinema, la trampa en que caen los pseudocineastas. Es un modo de selección.

"La noche eléctrica", "La estrella del mar", "La marcha de las máquinas", son "bluff" de los artistas puros; "bluff" fácil.

El cinema enferma por pretensiones de cerebralismo; por los "puros", que todo lo contaminan.

El cineclub ideal sería ahora, en el cine del Prado: diez céntimos la entrada y películas del año 14. No irían los "puros", y podríamos estudiar sin profesores vanguardistas.



Ayuntamiento de Madrid. Uno de los depósitos de agua de los estudios Metro-Goldwyn-Mayer.

Escritores revolucionarios ante los Soviets

Al tratar de los problemas que tiene que resolver el régimen soviético resalta, en primer término, el alejamiento de una posible introducción armada de los estados capitalistas, que ven en la consolidación de la economía rusa la afirmación de una de las contradicciones máximas del capitalismo y un gran peligro, no ya como fuerza material, que es potente, sino de fuerza moral sobre el espíritu de los trabajadores de todo el mundo, cuyos ojos convergen hacia la patria del proletariado mundial, hacia la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Este peligro quiere ser alejado, para poder dar feliz cima al plan quinquenal de edificación socialista, en cuya realización basan los soviets todo su triunfo actual y todos sus triunfos posteriores. Pero los estados capitalis-

tas procuran que se agudice este peligro de intromisión armada, pues saben que por cada jornada de trabajo en la U. R. S. S. su lucha por derrocar el régimen soviético ha de ser más encarnizada y ha de tener menores garantías de éxito. Desde el procedimiento de lucha franca y descarada contra los proletarios emancipados o del boicot económico, se ha recurrido a medios más políticos, más indirectos, pero que quieren sirvan de justificación a una guerra de cruzada. Es ahora esa reminiscencia medieval de lucha por la religión, pretextando supuestas persecuciones en Rusia a todas las religiones. En esta campaña ridícula han servido de comparsas de los magnates del petróleo desde la Prensa católica hasta la socialista, desde el rey de la Ciudad vaticana hasta el último ensotado.

Pero los soviets han lanzado un alerta a todos los revolucionarios del mundo, que ha sido respondida por ellos, aprestándose a la defensa de su patria única y decididos a combatir al lado de los edificadores del mundo nuevo. Hoy, en las consignas de todos los partidos revolucionarios, se introduce la de la defensa de la U. R. S. S.

También han lanzado folletos y libros, destrozando las razones en las que se basaba el principio de esta campaña; son delitos políticos los que se condenan, porque el que comete un delito contra la seguridad del Estado en la U. R. S. S. es condenado, por muchos ídolos que adore, igual que uno que sea ateo. La mala costumbre que tienen todos los confesionales religiosos de, validos de la religión que profesan y en su nombre introducirse en política, ha encontrado en este país el merecido premio; ejemplo digno de imitar por los demás Estados que sufren pacientemente intromisiones de esta clase!

Nadie cree ya en estas persecuciones, pero el peligro de guerra subsiste. Los capitalistas buscarán otro pretexto que les sirva de justificante. Por si alguno tiene éxito, preparan un círculo de armas rodeando sus fronteras. Polonia está armadísima, gracias a los amables envíos franceses. Finlandia padece un régimen fascista. Rumania lleva un rey a lo Chevalier para centralizar el poder y poder preparar la guerra con sus vecinos; si el rey ese, no fuera suficiente, se llegaría a la dictadura militar. La preparación por Oriente es mayor que por Occidente; en la frontera Noroeste de la India ya se hacen planes estratégicos para la posi-



La rebelión de la India.—Tropas inglesas manteniendo el orden en Bombay.

bilidad de guerra. El editor del "Indian Daily Mail" dice que "si hay un paso que puede ser cerrado con gases es esta frontera". Como se ve, el gobierno de Mac-Donald también coadyuva a la preparación de una guerra capitalista, que ponga bajo su dominio a esos 140 millones de esclavos emancipados.

Con este motivo el "Bureau de l'Association Internationale des Ecrivains Revolutionnaires" ha organizado una encuesta entre los más destacados escritores de todos los países para fijar ante las masas cuál sería su actitud en caso de guerra contra la U. R. S. S. Hasta ahora han contestado Bela Illes, Bernard Shaw, Martin Andersen, Liam O'Flaherty, Romain Rolland, Théodore Dreyser, Richard Bloch, H. G. Wells, Egon Ervin Kisch, Stefan Zweig y otros. Todos ellos coinciden en la defensa de la patria del comunismo. Todos, también, execran al capitalismo.

Por considerarlo de sumo interés vamos a reproducir alguna de las opiniones expuestas: Theodore Dreyser afirma que está "contra todo conflicto con la Unión Soviética, sin consideración del que la provoque". "Considero—añade—la Rusia soviética como un sistema económico y político capaz, actualmente, de rivalizar con el capitalismo occidental y pronto, sin duda, más fuerte que él." Con respecto a la propaganda religiosa contra la U. R.

S. S. no ve en ella "más que una maniobra de los negociantes occidentales, para preparar una guerra santa contra la Unión Soviética o para alejar nuestra atención de los peligros de un capitalismo desenfrenado". Después viene el anatema contra la sociedad capitalista: "En nuestro mundo occidental las bancas y los truts significan todo; el individuo, nada. Los capitalistas no se contentan con un interés del 6 por 100, sino que desean un 100 por 100. Los representantes de la iglesia luchan contra el espíritu humano y sus conquistas, contra la ciencia y la filosofía; quieren que las masas queden en su estado de esclavitud. Todo esto debe ser anulado. ¿Es que la iglesia ortodoxa rusa no fué un juguete en manos de los zares? Su sínodo y sus "popes" fortificaban la servidumbre del pueblo. Si la iglesia rusa no ha sido todavía destruida definitivamente, no queda sino desear que tenga lugar su destrucción tan pronto como sea posible."

Jean Richard Bloch tiene más decisión en la defensa. "Personalmente—dice—, considero la revolución rusa y sus conquistas culturales como uno de los elementos esenciales de la civilización. Sea lo que sea lo que se produzca—agresión abierta o ataque enmascarado—yo vería en la defensa de estas conquistas la defensa de lo que hay de mejor en nuestra civilización.

Considero mi deber vigilar por la intangibilidad material, política, social y moral de la U. R. S. S. Y yo sabría cumplir con mi deber."

Egon Ervin Kisch y Liam O'Flaherty se deciden por figurar en las filas del Ejército Rojo: "Una guerra—dice el primero—contra la Unión Soviética, amenazada desde el principio de su existencia por los curas, la aristocracia y los capitalistas, no puede encontrar un escritor más que de un solo lado: del lado de los Soviets. En lo que me concierne, no puedo imaginarme en otro puesto, en caso de guerra antisoviética, que en las trincheras del Ejército Rojo." Liam O'Flaherty afirma que "si la Europa capitalista declara la guerra a la Unión Soviética, lucharé por todos los medios de que disponga contra la Europa capitalista. Durante la Gran Guerra—añade—he tenido que sufrir como instrumento del capitalismo británico, y sería un placer para mí vengarme por todos los dolores sufridos".

Queda también la pirueta de Bernard Shaw: "¿Mi posición en caso de guerra? Se me colgará." Y una contestación política de Wells: "Ha sido siempre un enemigo violento de toda enemistad contra la U. R. S. S. y es partidario de relaciones sinceras y amigables."

Stefan Zweig: "Toda introducción armada en los negocios de otro país es criminal y no corresponde más que a los intereses individuales, privados y comerciales, pero no responde a los sentimientos de las masas y de los pueblos". Romain Rolland, Bela Illes, Martin Andersen, todos opinan lo mismo.

Puede estar de enhorabuena la Unión Soviética de este hecho sintomático, según el cual una serie de escritores de primer orden, sin ser comunistas, se colocan, ante la posibilidad de un conflicto, al lado de los Soviets.

Con motivo de esta encuesta Karl Radek constata en las columnas de los "Izvestia" que "es difícil encontrar una piedra de toque mejor para probar lo que representa el mundo literario actual. Las respuestas de los escritores proletarios son claras: ellos combatirán al lado de la Unión Soviética, en las filas del proletariado internacional. Muchos han declarado estar prestos a enrolarse en las filas del Ejército Rojo. No dudamos de la sinceridad de estas declaraciones. Por eso les decimos: si queréis servir del fusil, lo haréis cuando sea vuestro deseo. Esperamos que lo manejaréis mejor que habéis manejado hasta el presente la pluma en la lucha por el socialismo y la Unión Soviética".—J. F.



El jefe del partido Lappe Victor Koroka, el "Mussolini finés"



El primer ministro finés, Kalle, abandonando el Parlamento de Helsingfors después de una sesión tumultuosa

LA TRINOCRACIA

por ANDRÉS PELÁEZ CUETO

Las diversas formas de gobierno que el mundo ha conocido y conoce, cualquiera que sea su designación, cualesquiera que sean sus aspectos externos, vienen a reducirse, en síntesis esencial, a una de estas dos características: la institución que se vincula y encarna, por así decir, en una familia, en una casta o en una clase social determinada, en las que se apoya y perpetúa si le es posible, o bien la institución que se mantiene inalterable sobre la renovación constante, sistemática y no fortuita de sus servidores, que se consideran siempre como desconocidos y transeúntes: personajes tan sólo en función pasajera de su cargo.

Caben en el primer grupo, desde las legendarias oligarquías orientales hasta las cuatro o cinco repúblicas vitalicias "de facto" de la América hispana, pasando por las monarquías hereditarias de Europa. En todas ellas el poder es un feudo transmisible, no sólo en cuanto a su cabeza suprema, sino hasta en los más modestos funcionarios del Estado. La familia, la casta o la clase, crecen y se renuevan en torno del gobierno, es decir, de los puestos y cargos que el antepasado ha comenzado a disfrutar. En estos casos la única transformación posible de la clase directora y burocrática es la biológica: el crecimiento, el aumento de poder por acumulación de experiencias y tretas, por trabazón de intereses y reciprocidades. El monopolio de los empleos y de los negocios cuya vida penda preferentemente de concesiones o auxilios del Estado. Y la muerte.

El usufructo inveterado del poder ha permitido a la clase privilegiada—generalmente un complejo de aristocracia, plutocracia y teocracia, identificado en una tácita aspiración única—poner la mano en todas las cosas y asir de todos los resortes de la vida nacional. Sin su ayuda, sin su mediación o sin su participación, no hay acceso posible a los negocios, que ella rige y acapara, ni a los empleos, que ella detenta y distribuye. Para medrar y, menos aún, para simplemente vivir, es preciso asimilarse a ese círculo, girar, si quiera sea lejanamente, en su órbita, convertirse en modesto satélite de sus ideales y en humilde servidor de su aspiración capital: la conservación del orden, es decir, del estado de cosas establecido.

Por eso en los momentos de culminación del sistema—iniciación de su decadencia, o, ya dentro de ella, parpadeos heroicos de una luz que está próxima a extinguirse—el régimen de monopolio alcanza expresiones verdaderamente orgiásticas, tal que en la Francia de Luis XVI, en la Rusia de Nicolás II y en la España de la última dictadura.

Ese es precisamente el defecto del sistema. Permitir la sedimentación de la trinocracia monopolizadora, cerrada en sí misma. Al evitar la expansión del poder al resto del pueblo se producen a un tiempo la hipertrofia de la minoría dirigente y la anemia de la mayoría nacional, poniendo a ésta en el caso de morir de consunción o de romper violentamente los diques que la separan de la represada vitalidad y de sus fuentes.

Este es el fondo dramático y el reverso económico que todo régimen político lleva consigo y que le hace destacarse como cuestión previa, a pesar de las falaces teorías que pretenden deslindar los campos de lo político y de lo social, que es lo mismo que pretender la disociación del árbol y del fruto. Es, por tanto, muy justa la posición de los que suponen, como afirmaba recientemente Araquistain, que todos los problemas substanciales del país—el trabajo, la enseñanza, la libertad—están subordinados a la resolución del problema político, porque en la actitud inversa, esto es, en la mantención del programa tradicional, una alteración profunda y sensible significaría la muerte del sistema. Así, en vez de radicales modificaciones de los basamentos de la situación, se procura emprender pequeñas reformas secundarias en lo accesorio y superestructural, que no disloquen el cauce profundo de los intereses creados, pero que distraigan con el superficial alboroto de las aguas la atención y la ansiedad de los que esperan y necesitan una desviación de esa corriente hacia otros cauces y, mejor aún, su libre derramamiento sobre toda la sedienta llanura.

La radical diferencia e importancia de una organización democrática tal como la concibe y realiza el principio republicano, es primordialmente la necesidad de la renovación frecuente de los servidores de la cosa pública por debajo de la permanencia de la Ley; la posibilidad de la movilización de los altos valores nacionales, el libre acceso de todas las inteligencias a los nobles menesteres de la gobernación, y, a la vez que una mayor aireación de los problemas colectivos en torno de diversificación y movilidad de los individuos rectores del Estado, la imposibilidad de que ninguna clase social o grupo pudiesen llegar a ahincar sus raíces en el cercado público, que el tiempo es el principal aliado y colaborador del diablo.

La República dispone, para evitar ese inconveniente, del principio de la no-reelección, y sólo cuando ese principio falla, como en los treinta años de Porfirio Díaz en Méjico, por ejemplo, sólo cuando el presidente se obstina en heredarse indefinidamente a sí mismo

es cuando la clase monopolizadora logra organizarse y hacer acopio de recursos e influencias que colocan al país bajo su dominio, hasta que le son violentamente arrancados por la revolución. Pero entonces la República, de hecho, ha dejado de serlo.

Como ha dejado de serlo también la monarquía liberal inglesa entregando el poder a los laboristas, es decir, actuando como una república. Precisamente las repúblicas se vuelven intolerables cuando se truecan en monarquías, y la monarquía inglesa es tolerable porque la entidad monárquica se ha despersonalizado y fundido con la Ley y ha permitido que, por debajo, las fuerzas sociales tomen en la vida común la participación que por su pujanza y su predominio en el concierto nacional les corresponde.

Pero nunca podremos equiparar esa profunda, esa revolucionaria renovación que el traslado del poder de las nobles manos de los lores a las encallecidas manos del "Labour Party" supone, a la mascarada turnante de los liberales y conservadores de España, tan iguales a sí mismos y tan representantes de la misma coalición de intereses, que con frecuencia se cita el caso de que las leyes un poco liberales hayan sido dictadas por los conservadores y las represiones más cerriles hayan sido decretadas por los liberales.

En unos países la cultura media del pueblo permite que la institución deficiente fructifique como perfecta; en otros, que la institución perfecta produzca frutos deleznales. Pero por lo mismo es necesario desentenderse de esos casos particulares y buscar la idea que por sí sola ofrezca el máximo posible de seguridades y pueda con mayor facilidad ayudar al pueblo en su perfeccionamiento o evitarle la permanencia en la abyección del pariatado.

Obsérvese de paso un hecho curioso. Las monarquías liberales han sido viables precisamente en los países donde el clero católico ha tenido que compartir el dominio de las conciencias con otras pujantes confesiones cristianas. A la vez, las repúblicas autocráticas han florecido en países de exclusivo dominio católico.

Ello no es solamente porque la teocracia católica sea de hecho un admirable fermento de sedimentación para la clase directora y monopolizadora, sino porque la catolicidad es otra forma de monopolio y absorción que necesariamente se proyecta sobre el ambiente político, en tanto que le sea posible, para teñirlo de sus propias cualidades. Para convertirlo en auxiliar de su aspiración ecuménica, que es su finalidad real.

La economía universal debe sin duda a las sectas disidentes en los paí-

ses donde predominan, o, por lo menos, han evitado el predominio de la gran sombra romana, el haber impedido—para bien del mundo—ese concierto de la trinocracia sedimentaria, en la que el catolicismo no ha vacilado en procurar mantener al pueblo desposeído y sumiso, consolado con predicaciones de

mansedumbre, comprando a precio de indulgencias—pagaderas a la beata de cada familia al largo plazo de la eternidad—la dulce resignación general ante el acaparamiento de los bienes temporales por parte de los coasociados dirigentes.

El intento de reforma de la Segunda enseñanza

El informe de la Comisión permanente y el respeto a la Constitución

por MAURICIO BACARISSE

En mi anterior artículo, publicado en el número 11 de esta misma revista, de fecha 1 de julio (que por causas imprevistas no salió sino algunos días después), no abrigaba sostenidas esperanzas acerca de la desestimación del dictamen de la Comisión especial en el seno de la Permanente del Consejo de Instrucción pública. Cuando conocí el contenido del informe de esta última Comisión, añadí al artículo un "post-scriptum", dando cuenta de cómo se había agravado en intención, forma y fondo el primer bosquejo, que ya había criticado de un modo provisional. Después de cuanto se ha escrito en lo que va de mes y de lo que se dijo en la Asamblea de catedráticos de Instituto, celebrada los días 3 y 4 y en la memorable sesión del Ateneo de Madrid del 7, que después de oír los magistrales discursos de los ilustres profesores universitarios D. Felipe Sánchez Román, D. Américo Castro y D. Fernando de los Ríos, acordó solidarizarse con las conclusiones y propuestas de los catedráticos, sería baldía la insistencia en señalar los peligros y las amenazas que se escondían en este último informe, ya bastante triturado y deshecho a golpe de claros y firmes argumentos. No obstante, como miembro de la Ponencia que la citada Asamblea nombró para redactar un manifiesto al país, aprobado así por aclamación y no interpretado exactamente fuera de allí en todas partes, me veo en la obligación de señalar el principal motivo que inspiró a aquella reunión de todo el profesorado de segunda enseñanza, presente o representado, a formular su enérgica protesta y su denuncia. La principal razón que halló la Asamblea para denunciar el dictamen es que, aunque pretendía acomodarse a la letra de la Constitución, era esencialmente anticonstitucional. No fué, pues, como han querido decir ciertos elementos, una vehemente explosión de espíritus orientados hacia la izquierda políticamente, sino la unánime disconformidad de unos ciudadanos ante una infracción a la ley fundamental del Estado.

El artículo 12 de la Constitución de

la Monarquía española, promulgada en en 30 de junio de 1876, que de derecho está vigente, dice así en toda su integridad:

"Cada cual es libre de elegir su profesión y de aprenderla como mejor le parezca.

"Todo español podrá fundar y sostener establecimientos de instrucción o de educación, con arreglo a las leyes.

"Al Estado corresponde expedir los títulos profesionales y establecer las condiciones de los que pretendan obtenerlos y la forma en que han de probar su aptitud.

"Una ley especial determinará los deberes de los profesores y las reglas a que ha de someterse la enseñanza en los establecimientos de Instrucción pública costeados por el Estado, las provincias o los pueblos."

En rigor, el título de bachiller no es un título profesional, pero es una condición indispensable para conseguir cualquiera de los títulos que legitiman el ejercicio de las profesiones facultativas. Su exigencia para el ingreso en las Universidades y ciertas Escuelas especiales, fundada en la supuesta garantía de formación para quien lo ostenta, establece una probada continuidad en la función privativa del Estado de otorgar títulos después de comprobar aptitudes, entre la segunda enseñanza y la universitaria. El ministro de Instrucción pública, en nombre del Rey, expide los títulos académicos de las Facultades y los Rectores de las universidades los títulos de bachiller de los Institutos de su distrito, en virtud del mismo principio constitucional.

Ahora bien, existe entre liberales y reaccionarios, por igual, una tendencia disolvente al suponer que la Constitución, por haber sido vulnerada de hecho, ha perdido la virtud de ser la norma fundamental de las relaciones jurídicas. Entiendo, por el contrario, que es criterio de noble y austera ciudadanía, y específicamente significativo de convicción liberal considerar de derecho a la Constitución en todo su vigor y lozanía, hasta que unas Cortes constituyentes la modifiquen o sustituyan.

No creo que la fuerza legal de su contenido se desvanezca o diluya. Para emplear un símil físico, diré que no creo en el estado radiante de las Constituciones, y ya, en la metáfora de lo corpóreo, añadiré que sí creo en el principio de la conservación de su materia y que, cuando en los hechos se advierte la falta de lo que estaba señalado en los preceptos es que ha sido, sencillamente, escamoteado.

Y, acometiendo ya la evolución de la base 19 del proyecto de la Comisión especial, y su tránsito a la fase más funesta y atentatoria que es la de su rectificación por la Comisión permanente, es preciso declarar y denunciar que el párrafo cuarto de esa base en el informe de la especial, que reza: "El paso de uno a otro año será otorgado por los profesores de cada colegio", es descaradamente anticonstitucional, porque sólo "al Estado corresponde establecer las condiciones de los que pretendan obtener título y la forma en que han de probar sus aptitudes". Ahora bien; con cierto sentido del respeto debido al artículo 12 de la Constitución, el dictamen de la Comisión Especial expone a continuación la necesidad de un examen de conjunto, al terminar el cuarto año, ante un Tribunal constituido por tres catedráticos de Instituto y dos profesores de enseñanza colegiada, y al terminar el sexto año remiten la obtención del Título de bachiller a un examen universitario. Grave era esto, no solo para el decoro de los catedráticos de Instituto y para el concepto de austeridad y autonomía de la segunda enseñanza, pero no era tan atentatorio al espíritu constitucional como la rectificación que decide proponer la Comisión permanente, por la cual se suprime el examen de conjunto del cuarto año y se establece que los alumnos de la enseñanza colegiada, "al terminar el sexto año, al igual que los alumnos oficiales, obtendrán de sus profesores de último año el título de bachiller, si mereciesen la aprobación en un examen escrito que, con asistencia DE UN CATEDRÁTICO DELEGADO DE INSTITUTO, diesen sobre las principales materias del curso".

¿Para qué la asistencia de un catedrático de Instituto en un tribunal de profesores particulares, que, por otra parte, habían otorgado el paso de un curso a otro durante los seis años del bachillerato?

¿Para qué su presencia en ese examen, que ni siquiera era de conjunto, sino de las principales, no todas, las materias del último curso?

Indudablemente se quiso salvar lo preceptuado en el artículo 12 de la Constitución española, adaptándose a la letra de él y adhiriéndose a su precepto en el punto tangente de un requisito administrativo. No en balde la Comisión permanente del Consejo de Instrucción pública estaba presidida por ese pro-

digio de ciencia jurídica que se llama D. Felipe Clemente de Diego, y acatando lo dispuesto en las primeras palabras del artículo 12, según lo cual sólo al Estado corresponde expedir el título de bachiller, se buscaba a un catedrático de Instituto que legalizase con su presencia y firma una infracción al resto del mismo artículo de la ley fundamental del Estado, porque al resignar la potestad de establecer las condiciones de los examinandos y la forma de probar su aptitud era el cómplice de ese escamoteo constitucional por el que se "expide", pero se renuncia a "otorgar", un título. Se reservó a los catedráticos de Instituto el más triste y vil papel: el de notarios que atestiguaran ese juego de prestidigitación hecho con el artículo 12 y el de fiadores de un acta de examen, para que en ella, más que una firma, estamparan un esputo a su dignidad y a la Constitución del Estado español.

Esta fué la razón del manifiesto al país, que el profesorado de Instituto redactó el día 4 de este mes, inspirado en principios de ciudadanía, más que de honor privado. Véase cómo no fué el espíritu de casta, ni la soberbia, ni el deseo de lucro, como se ha dicho con alevosa intención, lo que movió a aquella protesta, quizá airada, pero justa. Tampoco fueron motivos de nuestra reacción las tendencias políticas y el deseo de criticar a los consejeros por el origen de su nombramiento. En el contenido de los informes había bastante de que protestar.

En esta Comisión permanente, que, además de su presidente, componían el obispo de Madrid, el padre Clemente Martínez, los Dres. D. Jesús Sarabia, D. Gregorio Marañón y D. Enrique Suñer, y el Sr. Saco del Valle, sólo la voz del catedrático de Instituto, don Manuel Manzanares, se levantó en defensa de la independencia de la segunda enseñanza respecto de la primaria y la superior, y en ataque de la autonomía y privilegios desmesurados concedidos en la base 19 a las industrias frai-lunas. Yo no suscribo íntegramente su voto particular, más recio y vigoroso en el preámbulo que en la esencia de las modificaciones propuestas a las bases del informe; me parece algo así como la serenata del "Don Juan" de Mozart, que tiene una melodía de canción lánguida y un acompañamiento vivo; pero la actitud de este consejero al dar explicaciones de su conducta ante sus compañeros me pareció irreprochable, y el elogio que allí hice de sus generosas y oportunas manifestaciones lo mantengo y repito, pues aunque cedió en parte en la cuestión de la autonomía de la enseñanza colegiada, mantuvo el criterio constitucional y correctamente pedagógico con entereza en la Permanente, estando en minoría unipersonal, como profesor de Instituto, frente a un ex asambleísta, un obispo,

un escolapio, tres médicos y un músico.

Si he centrado el problema de estos informes en la incompatibilidad del artículo 12 de la Constitución con la base 19, corregida y aumentada, es porque sospecho que ésta venía a ser como el eje central del intento de reforma de segunda enseñanza. En los demás puntos de vista de la Comisión especial se cedió y se abandonó la defensa de ellos, pero la base 19, es decir, la de la entrega de la enseñanza secundaria a las Ordenes religiosas, se reafirmó y robusteció en las sesiones de la Permanente. Para que nadie pueda dudarlo, basta advertir otro de los intentos de la Comisión Especial, que tampoco se marchitó al pasar a nuevo informe: la obligatoriedad de la enseñanza de la Religión, disfrazada con la máscara de "no obligatoriedad en caso de declaración expresa de los padres".

Con semejantes testimonios difícil será a cualquiera de los consejeros de esas Comisiones hacer creer en una fundamentación liberal de esos dictámenes, antiliberales y anticonstitucionales en su esencia, rechazados por el Pleno del Consejo y merecedores en el caso más piadoso del silencio y del olvido, hasta que las próximas Cortes, que son las únicas que tienen facultad legítima de emprenderlo y censurarlo, acometan la indispensable reforma de la segunda enseñanza en España.

Las oficinas de NUEVA ESPAÑA se han trasladado a San Ignacio, 8

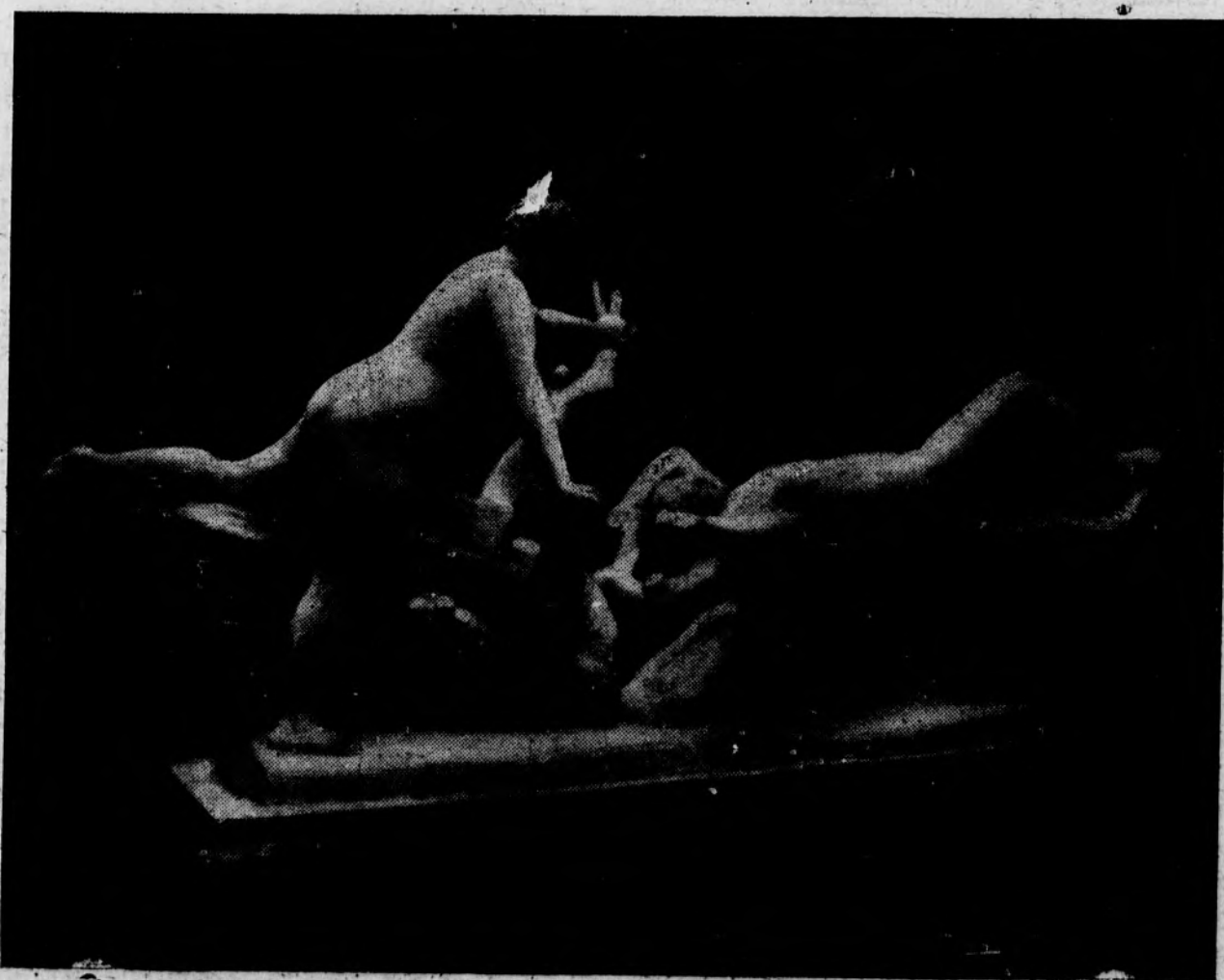
EN CÓRDOBA

El impunismo dictatorial

La Prensa diaria ha dado cuenta del incidente surgido entre miembros de la dinastía dictatorial: Cruz Conde y el periodista de izquierda, director de "Política", de aquella capital, D. Joaquín García Hidalgo.

Las causas son conocidas. El señor García Hidalgo, con una gallardía que le honra y que caracteriza toda su actuación, se ha propuesto poner a la luz pública la gestión de los señores Cruz Conde en los innumerables cargos que les entregó la dictadura. Labor indispensable que están en la obligación de llevar a cabo todos los hombres que no estén reñidos con la libertad y con la ética. Pero los Sres. Cruz Conde, con una obstinación sospechosa, defienden el impunismo de su actuación y tratan de cortar por todos los medios las campañas depuradoras. El Sr. García Hidalgo había sufrido ya indicaciones y amenazas que no le intimidaron lo más mínimo. Por fin, la provocación llegó a la agresión, que, como es natural, el Sr. García Hidalgo rechazó según competía a su dignidad.

Es preciso estimular la obra depuradora contra los hombres de la dictadura. En ese sentido aplaudimos la actitud del gran semanario "Política", de Córdoba, y enviamos al Sr. García Hidalgo nuestra cordial simpatía.



"Driadas", de Manuel Caviada, en la Exposición Nacional

La conferencia del monte Athos

por ANDRE ALESSANDRI

Una conferencia panortodoxa ha comenzado sus trabajos en el convento Vathopedi, en el monte Athos. Esta conferencia ha sido convocada por el patriarca ecuménico de Constantinopla, que es la autoridad suprema religiosa del mundo ortodoxo.

A esta reunión todas las iglesias de la misma confesión han enviado cada una dos delegados, prelados del rango de obispo o metropolitano.

Las iglesias que participan en la asamblea son: los patriarcados de Alejandría, de Jerusalén, de Antioquía, de Yugoslavia, de Armenia; iglesias autónomas de Polonia, de Grecia y de Chipre, y, naturalmente, el patriarcado convocante, el ecuménico, cuyos delegados presiden las sesiones, cuyos trabajos se prolongarán durante algunas semanas. La conferencia se dispone a examinar y preparar los programas del próximo concilio general, que se celebrará más tarde, y también en el monte Athos, en la fecha que señale el patriarca de Constantinopla.

El último concilio ecuménico—el llamado de Constantinopla—, el cuarto de ellos, se celebró en esta metrópoli en el siglo VIII. Al cabo de doce siglos del mundo ha sufrido muchos cambios y transformaciones. Los hombres, las ideas, han evolucionado radicalmente en materia religiosa, y por eso se siente la necesidad actual de un solemne contacto entre las iglesias ortodoxas para tomar en común las decisiones que convengan a todas. Ninguna divergencia dogmática las separa. Pero hay muchos problemas canónicos que es necesario resolver.

Una de las principales cuestiones que se someterán a estudio y resolución es la relativa al matrimonio de los sacerdotes. También se debatirán la reforma del Calendario, la supresión del cisma de la iglesia búlgara y el pro-

yecto de unión de las iglesias anglicana y ortodoxa. Los miembros del clero pueden contraer matrimonio hasta el rango de archimandrita, pero en caso de viudedad no pueden volver a casarse. Se trata de acabar con esta paradoja. La cuestión indumentaria será objeto de una revisión, puesto que los vestidos clericales no han cambiado desde los primeros tiempos del Cristianismo. Los "papas" griegos y los pöpes rusos llevan todavía los cabellos largos y una gran barba, además de bonetes colosales que hoy resultan bastante cómicos. La modificación del Calendario preocupa seriamente desde que algunas iglesias ortodoxas adoptaron el calendario gregoriano y otras conservan el juliano. Parece que se preconizará el calendario gregoriano para todas las iglesias, determinando después la fijación nueva del ciclo pascual. El cisma de la iglesia búlgara fué declarado hace cincuenta años por razones más bien políticas que religiosas, cuyas causas han cesado ya hace mucho tiempo. Al abolirle reingresará la iglesia búlgara en la confesión general y sus representantes podrán tomar parte previamente en el concilio para aceptar solemnemente la supresión del cisma.

Otro asunto muy importante a tratar es el de los medios de neutralizar la propaganda proselitista que vienen realizando los católicos por medio de una secta de griegos católicos que, proclamándose ortodoxos, reconocen, sin embargo, la supremacía del Papa.

La situación precaria de la iglesia rusa se halla también en la orden del día. El patriarca ecuménico de Constantinopla ha dirigido misiones parentéticas a los jefes de las dos fracciones religiosas rusas: los patriarcalistas y los sinodistas; los partidarios del patriarcalismo de Tyhon y los adeptos al Sínodo, en lucha abierta desde hace mucho tiempo. Les insta a la paz y a la unión para el logro de la salud común y fortificación espiritual y social de la gran iglesia de Rusia. Además, la unión de ambos bandos será la única manera de que obtengan representación en el próximo concilio. Condición "sine qua non". Hasta el momento los jefes religiosos rusos no han hecho conocer su respuesta.

La conferencia deberá pronunciarse sobre el caso de indisciplina de la iglesia de Albania, la cual acaba de pronunciar "motu proprio" su emancipación, sin el asentimiento preliminar indispensable del patriarca ecuménico

de Constantinopla, única autoridad que puede decidir un caso tan grave como el de la emancipación de una iglesia, otorgándola, en circunstancias especiales, el carácter autónomo o autocéfalo.

El programa de la conferencia preparatoria del próximo concilio es ya, como se ve, bastante copioso; pero el tema principal a tratar lo es, sin duda, el de la unión de la iglesia ortodoxa—ortodoxa desde el punto de vista de la religión "cismática griega", que diría un católico—con la anglicana. Este proyecto existe de antiguo y ha sido objeto de conversaciones continuadas entre el patriarcado ecuménico y los arzobispos primados de Canterbury. Existe desde luego un acuerdo en principio. Los miembros del clero anglicano y ortodoxo asisten recíprocamente las prácticas de uno y otro culto en los sitios donde no existe ministro anglicano o sacerdote griego.

El patriarca de Alejandría, Meletios, marchó a Londres con objeto de tomar parte como observador en la conferencia que todos los años celebran los obispos anglicanos en el mes de junio y en el Lambeth Palace, sede archiepiscopal del primado de la iglesia de Inglaterra. Meletios regresará pronto al monte Athos a exponer en la conferencia el resultado de su misión en Londres. La unión de ambas iglesias cristianas tendrá una enorme importancia en el mundo, y en Europa principalmente.

Todos los Estados balkánicos pertenecen a la ortodoxia griega, salvo Turquía, que tiene afinidades raciales y geográficas con ellos y además es la sede magna de aquella religión. Se comprende que el Gobierno turco haya sido desagradablemente sorprendido por la celebración de la conferencia athosiana y por la perspectiva de un acuerdo entre ortodoxos y anglicanos, hechos que no pueden menos de originar dificultades políticas. No hay que olvidar que Turquía tolera en Constantinopla el patriarcado ecuménico en virtud del tratado de Lausanne, pero en realidad considera tal presencia verdaderamente indeseable.

Stambul, julio 1930.

A los suscriptores

Advertimos a los suscriptores y amigos que con el presente número 12 termina la suscripción de todos aquellos que lo han hecho por doce números a partir del primero. Les rogamos que a la mayor brevedad remitan el importe de la renovación de sus suscripciones a nuestra administración, San Ignacio, núm. 8.

De todos los libros que envíen autores y editores a la Redacción de NUEVA ESPAÑA nos ocuparemos en nuestra sección crítica

HAY QUE TOMAR PARTIDO

Los oradores y el pueblo

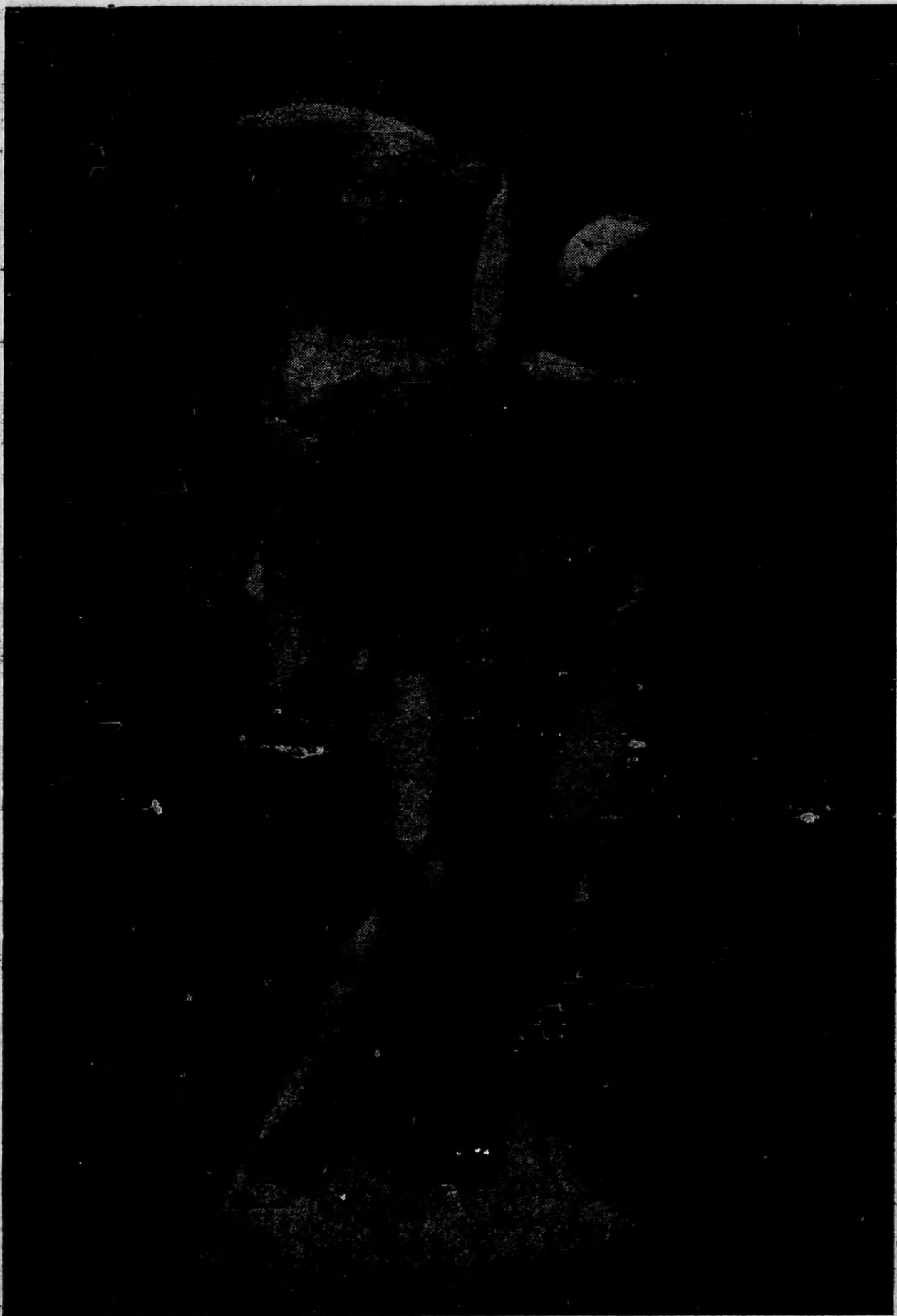
por JOAQUIN PEREZ MADRIGAL

«Las imperiosas vacaciones del estío» ponen en dispersión a los brillantes legionarios de la oratoria política, quienes en estos últimos meses han apuñalado con fúlgidas dagas retóricas al, hasta ahora, invulnerable enemigo.

Teatros, cines, academias, sociedades y ateneos han acogido en sus escenarios, en sus escaños y en sus tribunas a aquellos ciudadanos que antepusieron, desbordantes de inventiva, la necesidad de hablar a la urgencia de hacer. En principio, los oradores, cada cual desde su posición ideológica—alguno sin ideología—, han marcado la ruta que conviene

emprender si queremos salvarnos. Los que se han pronunciado por la revolución lo han hecho sin ambages. «¡Hay que hacer la revolución!»

Sí, señores, hay que hacerla. Como una consigna, nos hemos transmitido unos a otros el sabio consejo. «¡Hay que hacer la revolución!» Lo han aconsejado Indalecio Prieto, D. Niceto Alcalá Zamora, D. Miguel de Unamuno, D. Miguel Maura, D. Alvaro de Albornoz, D. Eduardo Ortega y Gasset, D. Marcelino Domingo, D. Felipe Sánchez Román, D. Luis Jiménez de Asúa y otros muchos ciudadanos eminentes.



“Adán y Eva”.—Cruz Collado.

Ayuntamiento de Madrid

Por contra, D. Melquiades Alvarez, D. Francisco Cambó, D. José Sánchez Guerra, D. Miguel Villanueva, el conde de Bugallal, el marqués de Alhucemas, D. Santiago Alba, el conde de Romanones y otros muchos ciudadanos eminentes opinan que no, que no hay que hacer la revolución, discrepando en cuestiones de matiz: que si ordinarias, que si constituyentes, estiman que unas Cortes lo resolverán todo.

Y en esta disputa llegaron... los inaguantables calores.

Enfundados los escaños académicos, desierto los salones y las tribunas, el silencio de los oradores será como un homenaje de respeto al pueblo, que no ha dicho nada todavía. Aquietados los viejos tribunos, extinguido el curso que han seguido con aplicación ejemplar los aprendices de vejez tribunicia y parlamentaria, quedará solo el pueblo otra vez, y podrá, con más serenidad y recogimiento, juzgar de los destinos de sí mismo por el poder que atribuya a todos y a cada uno de los curanderos que, en cinco meses de ofertas teóricas, han llamado a su conciencia dolorida.

¿Quiénes han hablado de redención?

En general, hombres de ayer. Los impacientes pasáronse al enemigo; hay concupiscencias que no soportan ayunos. Los más fuertes, o, dicho de otro modo, los mesnaderos de codicia más inteligente, se avinieron a que les redujeran la ración pactando, para luego, el derecho al desquite. Hoy la abstinencia; mañana, el botín. Tal ha sido, sin duda, el patriótico objetivo de los viejos políticos leales.

Los jefes de aquellas tropas se definieron, esbozaron soluciones. Y cabe preguntarse: ¿de qué fuerzas políticas organizadas, de qué partidos son exponentes?

Los jefes que conservaban alguna fuerza organizada en el país, como D. José Sánchez Guerra, como D. Melquiades Alvarez, al definirse la destrozaron o la dividieron. Los que no tenían ya ninguna fuerza, como D. Santiago Alba, y la reclamaron por correspondencia para gobernar, recibieron la repulsa unánime que merecían. Y el conde de Romanones, que tiene fama de listo, de hábil, de astuto y de estadista, ya nos ha dicho qué clase de hombres son los que le siguen. «Mis amigos íntimos—ha declarado a un periodista—, todos tendrán representación en Cortes.» Es decir, que bastará ser íntimo amigo del conde de Romanones para hallarse en posesión de la fórmula maravillosa que, convertida en leyes, allane el camino de España, la reconstituya y la salve.

¡El conde de Romanones manda en sus amigos! ¡Y sus amigos quieren mandar en el país!

Tamaño insulto, proferido a la conciencia nacional en estas horas preñadas de tan complejos dramatismos, no se le ocurre más que a un necio o a un inverecundo. ¿Listo? ¿Hábil? ¿Astuto? ¿Estadista el conde de Romanones? Des-

de sus mocedades actuó en la política, influyente y descollante. Y España está así, y el conde está mucho mejor de dinero y de condecoraciones que al comenzar su carrera. El conde de Romanones, pues, será sagaz y útil para sus negocios privados y para dar satisfacción a sus desenfadas vanidades públicas. En el orden político no cuenta con más bagaje mental que el de sus picardías, y no dispone de otros instrumentos de acción que los que representan sus compadres. Hoy las naciones demandan otras cosas.

La nuestra, por lo pronto, quiere veranear. El conde se va a San Sebastián. Veraneará muy tranquilo porque sabe que no pasará nada. Y si pasa no trascenderá, no mudará los planes ya trazados. El conde de Romanones, que de ninguna manera nos parece profeta, tiene algo de almanaque zaragozano. Acierta con frecuencia en sus predicciones.

Los oradores, esta es la verdad, hacen, como el conde, sus maletas. El pueblo, no. El pueblo se queda en su taller, en su oficina, en su mechinal, ardiendo siempre en la llama agotadora de su esfuerzo y de sus hambres. Hasta fines de año, que lo llamarán para que diga por quién vota, tiempo tiene de elegir a sus «amigos» si, como Romanones, considera que el gobierno de los pueblos debe entregarse a la tertulia de un... señor. Pero si tiene ideas antes que debilidades, y dignidad primero que flaquezas, y juzga que su actividad y su pensamiento integran un sistema social fundado en los derechos del hombre y en la mayor grandeza de su patria, elegirá entre todos los remedos de profetas que han circulado por ahí a los que no hayan ido sueltos; elegirá, si es hombre de este tiempo, a los que encarnen los ideales de un partido, cualesquiera que sea, con tal que postule la libertad del hombre y el respeto del hombre en el desarrollo de sus funciones humanas y sociales.

Y si por acaso le dicen al pueblo que no hay partidos en España, le mienten. No los hay a la vieja usanza, porque ninguno, excepto el socialista obrero, resistió la prueba. No hay partidos porque los rechazan, porque no los quieren, para aquellas individualidades llamadas poderosas; como no hay partidos, porque no los quieren ni los necesitan, los pios, señores de las excrecencias del ser, pero que en el ser no están ni a él pertenecen.

Hay que tomar, pues, un partido. Pocos hombres de los que han sido oradores hasta hace unos días han representado algo más que su personalidad y sus humores. Los viejos partidos no existen, pero se han forjado otros, y a ellos debe sumarse todo ciudadano consciente de la época y del modo como se plantean a la sazón las batallas políticas.

Toda la correspondencia debe dirigirse al apartado 8.046

Rodolfo Llopis, en América

Rodolfo Llopis está nuevamente con nosotros, de vuelta de su viaje por América. He aquí lo que sobre él dice la revista "Asunción", del Paraguay.

"La Federación del Magisterio Paraguayo invitó al profesor español Don Rodolfo Llopis a venir a Asunción para dar una serie de conferencias que tuvieron lugar en la última semana de abril en el teatro Granados, en el Colegio Internacional, en el Internado "Natalicio Talavera", en la Escuela Normal de Profesores, en el Centro y Casino Español y, por último, en la Universidad Nacional.

En la imposibilidad de dar un resumen de todas ellas, vamos a ocuparnos de las que han tenido carácter eminentemente pedagógico, pronunciadas como cursillos, especialmente en la Escuela Normal.

En la primera leyó un mensaje del Dr. Cossío, que, como sucesor del viejo maestro Don Francisco Giner de los Ríos, dirige actualmente el Instituto Libre de Enseñanza, radicado en Madrid. Ese mensaje al Magisterio americano sirvió de exordio para bosquejar la nueva orientación en la pedagogía moderna.

Según el profesor Llopis y la escuela que representa, es el niño como organismo integral y como niño, no sólo el objeto, sino la esencia misma, método y procedimiento, para la nueva pedagogía. De tal modo, que el maestro, no sólo se esfuma como autoridad en el aula, sino que se relega a un papel secundario, mucho más difícil, sin embargo, que el papel central, de protagonista, que tenía en la vieja escuela. Porque en la pedagogía moderna, ese

maestro que no se destaca, que parece inexistente, es el que debe sugerir en clase la curiosidad, el interés y el planteo de las cuestiones que han de inquietar a los alumnos, los cuales deberán encontrar allí mismo, fácilmente, los medios de resolver en mapas, cuadros, preparaciones, experimentos y libros las soluciones anheladas.

Aparte del estudio de esta orientación en los pedagogos que la concibieron y practicaron, ha sido interesante seguir al profesor Llopis en las reformas nacionales de educación, sobre todo en la reforma escolar austriaca y en la reforma de la enseñanza rusa. Esbozó ampliamente ambas reformas para encarecer una educación en la que al niño se le conserve toda su puericia en lugar de encararlo como a un pequeño hombre.

La educación debe hoy tener una idealidad social, de perfeccionamiento, con tendencia colectiva, u horizonte, al que dirigirse; dentro de ese horizonte entrevisto como ideal deberán ir formando los niños su organismo corporal, moral e intelectual, como en un vivero en que desarrollar sus aptitudes, vocación y aspiraciones.

Dos conferencias dedicó el profesor Llopis al sistema de enseñar Geografía seguido por él en su cátedra de Cuenca, como ejemplo práctico de la nueva orientación. Como el niño es el centro, de él se parte para irle ampliando las observaciones que puedan interesarle, hasta llegar a comprender a todo el mundo referido a su radio más inmediato.

Interesantísima fué también la con-



MAQUINAS DE ESCRIBIR CONTINENTAL PORTABLE Y DE OFICINA

Compárese el trabajo de la MAQUINA CONTINENTAL con cualquier otra marca y se convencerá que es la mejor y más completa de las máquinas de escribir. Pídala a prueba a los agentes exclusivos

Pérez y Vázquez, S. L.

Pi y Margall, 18. Teléf. 16.924—MADRID

MUEBLES PRACTICOS PARA OFICINAS

Pídanse presupuestos para instalaciones completas

Accesorios para toda clase de máquinas



Ayuntamiento de Madrid

ferencia sobre el desarme moral, en que comentó la labor de las escuelas en la pacificación de los espíritus.

Su charla, como él dice, sobre la socialización de la cultura, privilegio actualmente de la clase acomodada, abordó el problema como aspiración, sin arribar, por falta de tiempo, a la forma de resolverlo.

Después de la conferencia dada en la Universidad Nacional sobre la Refor-

ma universitaria, los alumnos le entregaron un mensaje para los estudiantes españoles, cuyo texto dice así:

"A la juventud universitaria española, que encierra en su recio espíritu los más altos ideales, los sentimientos de hispanoamericanismo, los universitarios del Paraguay, que anhelan verla cada día más fuerte y sabia, para que forme la patria libre y grande de sus ensueños."

Política e imaginación

por TEODORO GONZALEZ GARCIA

Felizmente, o por desgracia, parece ya pasado el momento de las "definiciones" constitucionales. Una de las ilusiones más ingenuas del español de nuestro tiempo ha sido dejar correr sus esperanzas tras del rumbo aciago de sus tortuosos y escépticos figurones políticos. En una hora de pleno arrebató hemos cometido el pecado de entretejer nuestras cavilaciones ciudadanas en una malla de picardía y corrupción. No ha bastado la continua enseñanza de nuestros desastres gubernamentales, ni la conducta de esos hombres ante la ejemplaridad del golpe de Estado, para disuadirlos de su empeño o apartarlos de nuestra atención. Todavía permanecen en pie e intentan dirigir la conciencia nacional con el cálculo de sus palabras. Y en vez de doblegarse ante el brío de una política nueva, aspiran a dominar su arrogancia y a convertir en un problema de ajustamiento constitucional lo que representa, en resumen, la transformación de un Estado. Nunca se ha mostrado tan palpable como ahora la in-

capacidad imaginativa de nuestros flamantes conductores, para rehacer, sobre una realidad en ruinas, el arquetipo de una nueva visión política.

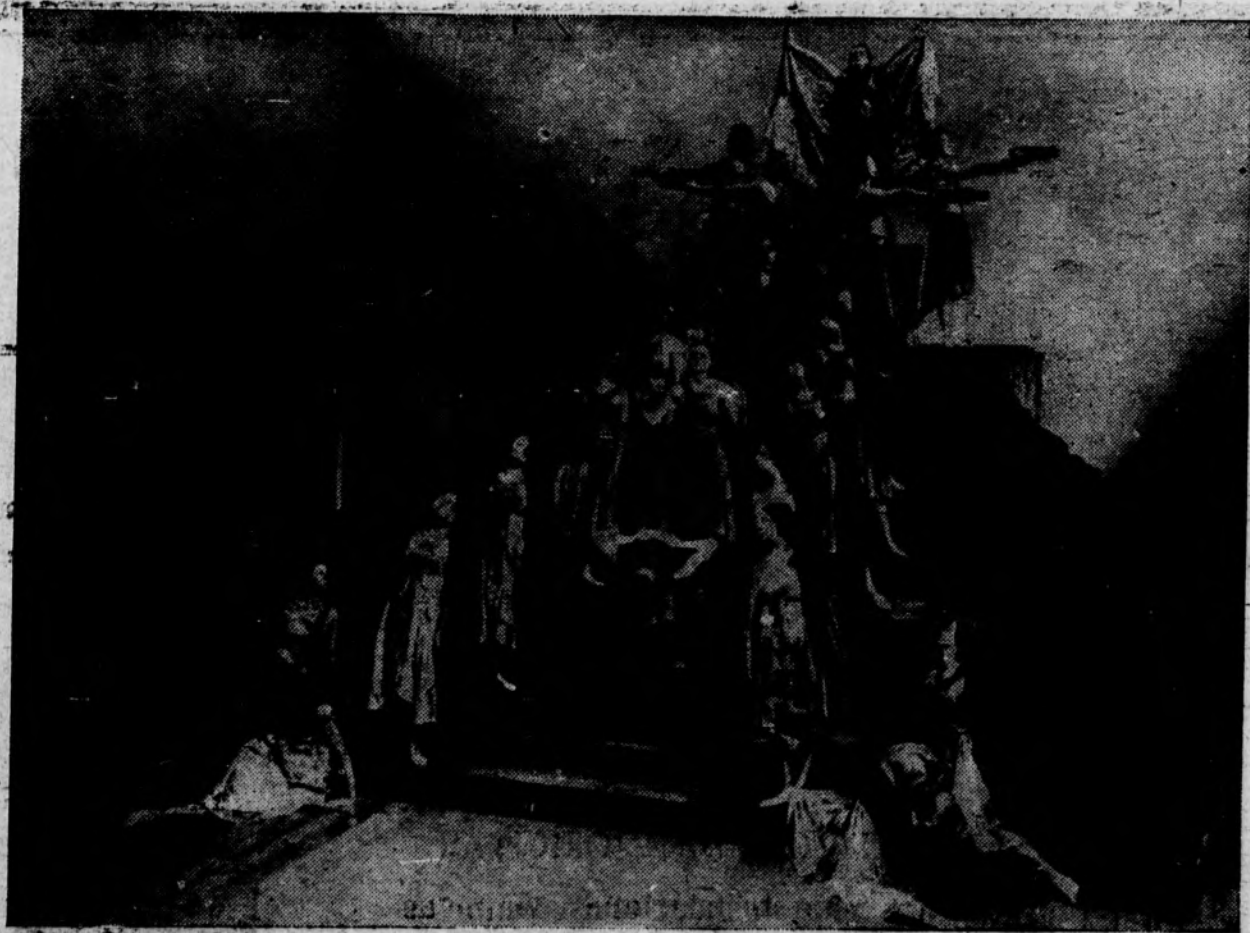
De vez en cuando se repite por los más cautos la consabida monserga de que la política es un arte de realidades, reflexión y oportunidad. Cuando las ansias latentes de una nación que se remozca, con gesto explícito demandan de modo inexorable la estructura de una nueva vida política, toda previsión que se formule "a priori" sobre el cauce de los sucesos con ánimo de detener su corriente, resulta tan inútil como extemporáneo. Asidas a la vida con ansia ardiente las raíces de los hechos, nunca podremos desarraigarnos, cómodamente, con la persuasión de nuestras palabras. Porque no se trata de retocar, ahora, un estatuto constitucional, viejo o inservible, ante las necesidades apremiantes de la robusta vida de un pueblo, sino de rehacer un pueblo cuya voluntad política yace desmantelada y floja y rehacer un Estado cuya estructura constitucional ha

desaparecido en absoluto. Los artífices políticos que aspiran a reformar lo que ha desaparecido jurídicamente pierden el tiempo de manera lastimosa, porque sólo el impulso crédulo del milagro ha logrado crear mundos de la nada.

Para animar la vida de un pueblo y rehacer un Estado, no se requieren, sencillamente, las artes del político, sino la inspiración ardorosa del ciudadano. En un período constituyente, claramente constituyente, nuestro deber más seguro es soñar, definir y perfilar, de nuevo, todas las bases jurídicas del Estado. La incitación es más angustiosa y el requerimiento más apremiante en un país como España, tan seguro de su vida humilde, tan precavido y sensato, que se ha desentendido constantemente de las máximas utopías ideales para sumirse en el desconsuelo de no hallar respuesta cierta a las interrogaciones de su destino. Más que una política de realidades, para uso de pícaros y logreros, necesitamos urgentemente una política emocionada e impetuosa que exalte la capacidad del ensueño y los desvelos de la imaginación en la técnica del Estado.

En el prólogo a la "Historia de las ideas políticas", del profesor Gettell, puso de manifiesto quien esto escribe cómo, "el arma más poderosa con que los pueblos pueden defenderse de las contingencias imprevistas del porvenir radica estrictamente en el caudal de sus facultades imaginativas". Y un espíritu selecto, D. José Ortega Gasset, en un ensayo reciente, ve el germen de la decadencia de Roma en no haber sabido convertir su Estado-ciudad en una concepción política más amplia, por una falta de "representación" colectiva. Trazaba con este motivo una semblanza ideológica del tipo conservador, acusado, por él, de una manifiesta "incapacidad imaginativa", que desemboca, casi siempre (por "sostener lo insostenible"), en una revolución exigente, o en la aniquilación del Estado. A este grave trance conducirían las desventuras de España, si no se lograra sobrepasar la angostura de una política en bancarrota, con las luminosas inquietudes del porvenir.

La crisis política de España no reclama un equipo de curanderos, sino una muchedumbre de soñadores. Todavía hay que plantearse este problema angustioso: ¿qué es España, políticamente? En vez de reformar la Constitución, hay que hacer una constitución nueva. En este período constituyente tiene que servirse el pueblo de un instrumento sutil y delicado: el ensueño, la imaginación. En el perfeccionamiento de las facultades imaginativas de un pueblo estriba todo un programa de renovación política. Sólo el ensueño del presente nos libera, con creces, de la esclavitud del pasado.



La escuela Wigman trabaja celosamente en los ejercicios para el Congreso de la Danza en Múnich. Ayuntamiento de Madrid

Republicanism unionista y republicanism orgánico

por J. BOTELLA ASENSI

La lucha política, como todo género de actividad humana, responde a una idea de fin. En la lucha del republicanism, este fin, genéricamente expresado, es la República. Lo que nos importa fundamentalmente es la constitución del nuevo régimen, sus perspectivas, sus posibilidades, sus soluciones indiscutibles a los problemas de la vida nacional en nuestro destino histórico. Pero la idea de fin implica la del medio para lograrlo. Sin que adquiera propia sustantividad, el medio puede ser, no obstante, la condición del mismo fin, de su eficacia. De aquí que en ocasiones deba considerarse en primer término, porque la lucha sin eficacia carece de sentido humano.

En la lucha del republicanism el primer problema es el de la eficacia de su esfuerzo para el cumplimiento de su fin. ¿Qué hemos de hacer los republicanos para lograr esta coyuntura histórica, tan propicia a nuestros anhelos? Me parece percibir, traducida en una palabra, la emoción sentimental con que reacciona el republicanism a esta pregunta: ¡unirnos! La expresión responde a un sentido leal, bastante generalizado; pero es tan apasionada como insuficiente. Unirnos, sí; ¿pero cómo? El problema, más que de entusiasmo, es de reflexión. Sería una lamentable inconsciencia olvidar el fracaso de las pasadas uniones republicanas, que como experimento son una lección definitiva. Lección, por otra parte, muy fácil de entender. Los republicanos tenemos un pensamiento común sobre la forma de gobierno; pero en orden a los problemas fundamentales de la vida nacional nos diferencia la ideología, que cambia, no sólo en matices, sino formando verdaderos cuerpos de doctrina, desde el republicano conservador hasta el republicano socialista. Ante un problema de enseñanza, o del trabajo, o religioso, o de la propiedad, ante cualquier problema de los que a diario, de un modo inevitable, plantea la vida de un país, la pugna de criterio surge por una noble exigencia del espíritu. ¿Transigencia, comprensión? Damos por supuesto que sean transigentes y comprensivos todos los republicanos; lo son, o deben serlo. Pero no se trata de eso, sino de que tengan un criterio coincidente en orden a cada problema, que no tienen ni es posible que tengan, más que tratándose de correligionarios afines doctrinalmente, que son los únicos aptos para una convivencia dinámica. La realidad entonces, entre elementos de distinta base ideológica, es que si actúan discrepan, y ya no es posible la unión, y si para que ésta subsista de-

jan de actuar, la unión deviene estéril respecto a los fines permanentes y esenciales del republicanism.

Contraste singular, digno de señalarse, es que las uniones se fraguan en un ambiente de entusiasmo casi delirante, por no decir inconsciente, a causa de que la multitud, con más corazón que cabeza, venía atribuyéndole una eficacia ilusoria, que ninguna experiencia ha justificado; pero hecha la unión y lanzada a vivir, los ideales se sienten desde el primer instante prisioneros, el ánimo se apaga, al entusiasmo de origen sucede el recelo entre los pretendidos colaboradores, que honradamente no pueden sentirse de acuerdo, y que solamente a costa de un doloroso disimulo consiguen aplazar el momento inevitable de su decepción y de su fracaso.

Pero ¿y la acción, se preguntará, no requiere el esfuerzo en común de todos los republicanos? Sin duda que sí, y no solamente de éstos, sino también de los elementos obreros afines, pues sin la coordinación de sus fuerzas, además de un agudo espíritu de lucha, no puede abrigarse seriamente ningún propósito de reivindicación republicana. Pero el esfuerzo en común para una finalidad concreta no exige la unión republicana, ni siquiera la federación de los partidos; basta la previa conformidad de éstos para obrar conjuntamente en un momento dado. En esta opinión se inspira el acuerdo o pacto suscrito entre la Alianza Republicana y el Partido Republicano Radical Socialista, puesto que fuera del fin concreto que lo motiva los partidos "conservan su autonomía y significación propias, sus organizaciones centrales y locales, sus programas y toda libertad de propaganda y difusión conforme a sus estatutos peculiares." La coordinación de trabajos que constituye el objeto del pacto y la designación del comité de enlace que ha de dirigirlos sólo se establecen para "cuando alguna de las entidades adheridas a este acuerdo solicite el concurso de las demás para una acción política inmediata". El pacto, como se ve, previene toda posibilidad de confusión, y, lejos de oponerse a que cada partido actúe con independencia, como ocurría en las uniones tradicionales, salva de un modo expreso su libertad de acción. Es una fórmula que hace compatible la libertad de cada partido, a fin de que su obra sea fecunda, con la unión orgánica de todos, para que el esfuerzo, en los casos que se requiera en común, sea eficaz. De este modo cada organización puede desarrollar sus máximas posibilidades, exponiendo sus doctrinas sin trabas,

para exaltarlas, atraer a todos sus posibles adeptos y que se identifiquen cada vez más en su comunión ideológica con los que a la hora de la lucha podrían colaborar más poderosamente.

El ideal del republicanism es su estructuración orgánica en grandes partidos noblemente diferenciados por su ideología, que por la afinidad de sus elementos constitutivos sean aptos para una acción acorde y permanente, en el cumplimiento de sus propios fines, además de coordinarse ocasionalmente entre sí cuando las conveniencias tácticas o la comunidad de propósitos lo aconsejen.

Este sistema de diferenciarse por el móvil racional de que cada republicano se sitúe en el grupo que mejor interprete sus ideales, y cada grupo realice su propio fin a salvo de influencias contradictorias que lo entorpezcan y dificulten, nada tiene que ver con el hecho lamentable de las divisiones; por el contrario, derivan con frecuencia de desconocer este sentido orgánico de la actividad política, como ocurre con los grupos autónomos, que a título de la unión empiezan por desarticularse de los partidos nacionales, debilitando sus elementos para el proselitismo y para la lucha.

Hay que superar el sentimiento del republicanism unionista con la idea del republicanism, que armoniza la obra propia y permanente de los partidos con la coordinación ocasional de sus esfuerzos en la lucha por la causa común.

El unionismo es una vieja bandera que sólo sirve para reclutar las fuerzas desorientadas del republicanism y mantenerlas en la confusión; pero bajo ella no puede ya cobijarse nadie que por su ideal o por su conducta tenga una expresión en el mundo espiritual, un poco complejo—cuanto más complejo más rico en valores—de la conciencia republicana.

Una acción in-calificable

Es necesario depurar las responsabilidades de las autoridades de Barcelona por la entrega a un barco italiano del antifascista refugiado en España Vittorio Imperiale.

De esta entrega vil, que nos deshonra ante el mundo, no puede hacerse responsable a España entera.

Para el director general de Prisiones

Copiamos de la revista «Acción», de Barcelona:

LO QUE OCURRE EN LOS PRESIDIOS

Los resultados favorables a la justicia que ha tenido una visita hecha por el inspector general de Prisiones a la prisión central de San Miguel de los Reyes (Valencia), nos animan hoy a denunciar públicamente los sucesos desarrollados en los penales de Figueras y del Dueso, esperando que se realice una investigación y que de ella se deduzcan aquellas responsabilidades que sean pertinentes.

Es necesario que la opinión pública sepa de qué manera se martiriza en los presidios a los presos, de qué modo las más elementales leyes de humanidad, las más primarias razones de derecho, son pisoteadas en las ergástulas españolas. España ignora de qué modo centenares de hombres quedan abandonados a merced de un ejército de carceleros de sentido moral rebajado, de almas primitivas, verdugos fracasados muchos de ellos, que sobre estas víctimas sacian sus instintos feroces y las crueldades de sus naturalezas rudimentarias.

De todos es sabido lo que ha pasado en San Miguel de los Reyes, cómo un director neurótico, desequilibrado, verdadero tipo patológico, antes digno de ocupar la celda de un manicomio que la dirección de un establecimiento penitenciario, mataba a malos tratos y atropellaba a los presos, sin más razón que su capricho y su omnipotencia, dentro de las cuatro paredes del penal. Todo el mundo sabe cómo se comerciaba infamemente con la vida de los reclusos, manteniendo, con lo que les robaban en la comida, cerdos de propiedad de la Administración.

En Figueras, a la hora de escribir estas líneas, hay aún reclusos en celdas de castigo, sometidos a torturas inquisitoriales, con los pies dentro del terrible CEPO, sólo por el mero hecho de no hacer dejación de sus derechos y de sus principios, protestando de las injusticias y reclamando el libre ejercicio de la libertad de conciencia.

En la Penitenciaría del Dueso, por haber replicado un preso, «Shum», en forma adecuada a las violencias insolentes de un perrito del director, fué Acher castigado, y promoviése una protesta ante la injusticia manifiesta del castigo (a pan y agua, con los pies en el «cepo» y aprisionados otros con argolla).

Por estos hechos concretos, de los que son víctimas en Figueras y en el Dueso los presos de ideas avanzadas—en Figueras los castigados son José Espuñes, Amadeo Sanmartín, Pedro Oro, entre otros, todos por delitos sociales; y en el Dueso lo fueron Rafael Torres Escartín, en celda de castigo desde hace más

de año y medio; «Shum», Guiot, Nicasio López, Aracil, etc.—, aún nada son, con ser tanto, si pensamos QUE NO SON MAS QUE HECHOS CONOCIDOS y que, por alcanzar a gran número de víctimas, consiguen soliviantar los ánimos y producir explosiones de protesta. Lo espantoso, lo que la opinión pública española no sabe, es que impunemente, como procedimiento correctivo, en los presidios españoles, fuera de toda ley escrita y de toda responsabilidad jurídica, se apalea, se maltrata, se somete al capricho de los directores, se es víctima de la malevolencia de las monjas y de los curas, de la rapiña de los administradores, de toda clase de brutalidades irresponsables de los carceleros todopoderosos. Los favoritos de los oficiales comercian libremente, como ya no debería ser, con el infortunio y el desamparo de los presos. Se ensañan con ellos, los atropellan, los insultan, y cuando uno protesta como Juan Bautista Acher, se le castiga y se le abre expediente.

Si hubiese un pueblo provisto de individualidades libres y dignas, toda la Prensa, toda la opinión se levantaría como un solo hombre al saber que en tierra ibérica se martiriza a hombres indefensos porque se niegan a ir a misa; al saber que en el suelo hispano se perpetran iniquidades y expoliaciones incalificables

contra seres que, por su situación, ante el sentimiento humano y las conciencias justas sólo piedad merecen.

EL COMITE PRO PRESOS
DE CATALUÑA

El embajador de la CIAP

Según leemos en el órgano de la «Ciap» (antes «Gaceta Literaria»), ha salido para América el Sr. Sáinz Rodríguez. «La Gaceta» le llama «embajador espiritual» y una porción de cosas más, dignas de la servidumbre que las dicta. Pero nosotros queremos advertir al público hispanoamericano que el Sr. Sáinz Rodríguez no representa ningún espíritu, como no sea el de la fenecida Asamblea consultiva, en la que figuraba como destacado miembro. El Sr. Sáinz Rodríguez no lleva otra embajada que la de los judíos de la «Ciap», ni tiene otra personalidad pública que la de haber sido romanonista cuando gobernaba Romanones, primorriverista con Primo de Rivera, etcétera, etc.

Ténganlo en cuenta los hispanoamericanos. Por lo demás, a nosotros no nos duelen prendas. Con mucho gusto damos la noticia de que ha salido para América D. Pedro Sáinz Rodríguez, del comercio de esta corte.



Pintura bituminosa anticorrosiva

Fabricada por **SOLIGNUM LIMITED**, de LONDRES

ASEGURA UN AHORRO INICIAL DEL 30 POR 100

¿POR QUE? TRES razones bastan:

- 1.ª Se aplica directamente sobre las superficies metálicas y hace innecesaria la mano de imprimación.
- 2.ª Una sola mano basta para cubrir y dar un acabado perfecto, esmaltado.
- 3.ª Pinta sobre 18 metros cuadrados por kilo.

Concesionarios

para España:

EXCLUSIVAS

OLESA

Apartado 9.062. MADRID

Depósito: REYES, 21

* Teléfono número 94363



THEODOR PLIVIER. — *Los Coolies del Kaiser*. Editorial Zeus. Madrid.

Novela de guerra. El escenario ha cambiado; ahora ha abandonado las trincheras para lanzarse al mar. Pero el héroe ha perdido con el cambio; la disciplina es más rígida; su rebeldía ha de ser mayor. En el mar no tiene retirada, y si cae, la tierra no le ayuda a sostenerse; tampoco tiene ataques a campo abierto ni ve morir a los que él mata cuando cae. En el frente marino se tiene que dejar achicharrar en las calderas o carbonizar en las torres de combate explotadas. Las órdenes de lucha las recibe a través de un hilo—tampoco ve al oficial que le manda—. Fuera del combate hace ejercicios de tiro, de limpieza, instrucción, todo un trabajo agotador, remunerado con cincuenta céntimos diarios, con el olor de los festines de la oficialidad y, por fin, con una sepultura común y líquida. Por eso se ha de rebelar. Pero deja pasar cuatro años de guerra, de sufrimientos, de vejaciones, con la amenaza de un código: "... está castigado, arresto simple, arresto mayor, fortaleza, degradación, presidio, fusilamiento."

Esta novela es más descarnada. No contiene una doctrina de causas de la rebeldía. Toda ella es la causa. Toda ella también demuestra la cobarde resistencia de los "coolies". Es una demostración más de la gran cobardía que fué la guerra.

Los libros de guerra, tanto por su número como por su literatura, constituyen ya un género aparte en el arte novelístico. Este no desmiente la literatura de los demás. Frases cortadas, frases repetidas a modo de estribillo, aparente deshilachamiento en los párrafos, contribuyen a dar una perfecta impresión del enfebrecimiento de los luchadores anónimos. Pero este libro nos parece superior a cuanto hay publicado en castellano sobre el mismo tema.

La descripción de la batalla de Skager-Rak es precisa, sobria, llevada toda ella sin explicaciones enojosas, sólo con impresiones: "Fuego, humo, polvo de carbón, tres etapas claramente delineadas de la catástrofe que se desarrolla." Dos batallas en una; los barcos de pequeño tonelaje en medio; los otros, los mayores, lanzando por encima de ellos una cortina de explosivos. Una batalla descrita con números: "turbinas de 110.000 HP; 600.000 toneladas de fuerza naval contra un millón; 105.000 piezas; 27.000 disparos; 300.000 quintales de munición. Vientres de 30.000 toneladas formados en

columna y lanzados contra una operación aritmética." Esta es la grandeza del libro, lo epopéyico. Queda del otro lado el hombre que recurre a buscar una gonorrea para evadirse de ir a bordo. Es el héroe, el que se resiste, el que se rebela a la matanza.

Todas esas novelas de la guerra las debemos de agradecer. Son una llamada al valor para una próxima gran colisión, al valor de negarse a matar hermanos. La traducción, de Orobón Fernández, ha sabido conservar el estilo bélico de la obra.—J. F.

RAFAEL SALAZAR ALONSO. *La Justicia bajo la Dictadura*. Editorial Zeus. Madrid, 1930.

Durante la dictadura, bajo la presión de la censura, se ocultaron hechos descarnados, cínicos, cuyo recuerdo sólo era conservado por los interesados o por los que, preocupándose de la dignidad pisoteada, los reservaban para publicarles en cuanto se levantase el tamiz de la censura. Cayó la dictadura, y todos cuantos poseían datos contra ella aprestaron sus plumas y lanzaron a los periódicos una serie de denuncias demostrativas de dignidades ciudadanas y personales cínicas o burlescas que dominaron a España con bota de espuelas. Pero no habían contado con que si había desaparecido un régimen habían quedado varias de sus instituciones, que si había caído una dictadura franca quedaba otra, no por más enmascarada menos dura, y la censura, supervivencia, al parecer eterna, del vergonzoso régimen, podaba los artículos que descubrían interioridades de los anteriores dictadores. Entonces se recurrió al libro, y pronto se pobló el mercado literario de libros que descubrían las diversas facetas del régimen de Primo de Rivera. Cada uno en su esfera fué sacando a relucir las lacras, los pisoteos de derechos públicos, las injusticias.

Este libro está escrito por un abogado, cronista de tribunales de "El Sol", y, tanto por su profesión como por el cargo que ocupa en ese diario, había de estar al tanto de todas las injusticias que, con respecto a los togados, cometió el aprendiz de Mussolini. Es uno de esos libros que ayudan a mantener el fuego sagrado, a recordar en todo momento los asaltos a las leyes verificados con altas complicidades.

El dictador sentía verdadero miedo a las leyes, y poco a poco procuró que todas se transformasen para servirle de justificante a sus actos. Primero, lucha y deshace los Colegios de Abogados, colocando Juntas de Real orden; lue-

go, suspende Juzgados, domina a los jueces municipales y, poco después, a los de primera instancia; prepara pleitos que, como el de Alba, le resultan fallidos. Es la época vergonzosa de la abogacía. Todos están bajo las órdenes del alegre marqués de Estella, y el que no quiere cumplirlas, dimite, perdiendo su carrera, sus años de trabajo, todo, por no doblegarse ante una voluntad desenfrenada. Para rebajar aún más a los togados, coloca de ministro de Gracia y Justicia a Galo Ponte, desconocido hasta entonces, y que, ya que no brillar por sus dotes de jurisperito, lo hace por sus medidas de opresión y desarme de la clase de que provenía.

Es un libro rebelde. Su autor no ha consignado todo lo que puede decir, y lo que dice, lo ha dicho con eufemismos de abogado, sin saña, dejando hablar alguna vez a la ironía. El autor es periodista; escribe como periodista, en forma de reportaje, con citas y copias de reales órdenes "históricas". También el libro es "histórico"; servirá de documento de la dignidad de los abogados, de unos cuantos abogados.

J. F.

SAMUEL ROS. — *El ventrílocuo y la muda*.

Sorprende primero en la novela de Ros el grado de seguridad a que ha logrado llegar, lo trillado de todos sus caminos, hasta tal punto que si su libro no fuese en todos sus momentos joven por lo audaz, parecería la obra de un maduro escritor. Novela nutrida, densa, que guarda una uniformidad de estilo en todos sus capítulos, una calidad de acción admirables.

En lo que se refiere a su profesión de escritor, Ros se conserva lejos del mundanal ruido, sin haberse catalogado con los que fundamentan su nombre en los contactos; independientemente, todo su tiempo lo emplea en la literatura del libro. Como hombre y escritor, por "El ventrílocuo y la muda"—como antes por "Bazar"—se deduce claramente su posición ante la vida, una de las posturas más elegantes de cuantas se pueden adoptar hoy, la actitud digna dentro del humorismo. Revela en todo tiempo la prosa de Ros—sus ocurrencias, lo que él saca "de dentro de su cabeza"—un carácter frío y sereno, de espectador auténtico. Puede decirse que su serenidad es extraña comparada con su juventud. Su manera de comportarse ante los acontecimientos humanos, por fuerza, ha de estar fundada en una razón étnica, en algo que está más allá de nosotros; si Ros es judío, ha heredado de sus abuelos ese gesto desdeñoso e indiferente para todo lo espectacular, que le hace coger la pluma y—en el secreto de sus propósitos—ir haciendo su obra, que es la del hábil orfebre en el olvido de su laboratorio.

Porque la novela de Ros ha salido de un laboratorio; él es de los que po-

seen la llave de ese recinto misterioso en cuyas retortas sale su humorismo ya cocido, en expresiones de buena ley, agudo como una daga, sabiamente administrado y contabilizado.

El ventrílocuo nace ventrílocuo, y de niño sus andanzas tienen el sello de la ventriloquía del porvenir. Su padre tiene una personalidad perfectamente trazada de "padre del ventrílocuo". A estos personajes les ha ido añadiendo pinceladas nuevas, meras sombras, hasta dejarles acabados, retocados, sobre la pantalla cuidada de su gramática, porque la dicción de Ros es impecable. Las andanzas del ventrílocuo en pos del original de aquella fotografía de modas de la que se enamora, sus diálogos con la muda, inventando a la perfección la voz femenina, la transfusión de voz con que la regala al fin, aquella fervorosa ligazón de gargantas, todo el relato es una afortunada maquinación, salpicada, prendida de frases acertadas, de anécdotas a cual más curiosa, como aquella del hijo extraviado por no saber el final de aquel cuento que comenzó a leer en la antesala de un dentista.

"El ventrílocuo y la muda" es un libro personal, y su originalidad se desborda durante sus capítulos en impetuosa corriente de bondades literarias, dirigidas por ese gran inspector de tráfico de las excentricidades humanas que es Samuel Ros.

A. de O.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA. — *La Nardo*. Editorial Ulises.

Ramón, laborioso, infatigable, que se va y vuelve siempre, sin dejar un momento de escribir. Que atiende a periódicos y revistas y que continúa dándonos novelas grandes. "La Nardo" merece más que nuestra atención de un momento, más que una nota corriente; no obstante, reduciremos el gráfico de nuestra admiración enfocándole hacia un justo—aunque breve—comentario.

"La Nardo" (uno de los títulos más afortunados de Ramón) es la novela de Madrid. Que Ramón ha registrado uno por uno todos los escondrijos de la capital de España, que se ha metido en todas las zarabandas y zahurdas sin fin de sus barrios bajos, lo sabemos todos. Sabemos que para escribir sus novelas del Rastro recorría durante una larga temporada, y siempre a la misma hora, un circuito revelador de sucesos sensacionales; que se paraba, apoyándose en su bastón, como maestro de obras que es de la vida, contemplando las construcciones de ésta, midiendo, hundiendo su mirada en los patios y en las escaleras. Nosotros no sabemos más porque desaparecía, internándose en el laberinto del plano de Madrid, que sólo él conoce experimentalmente. Cuando nadie le espiaba, Ramón se ponía su uniforme de buzo de tierra,

empuñaba su lámpara de Davy; que le ha hecho salir indefenso de todas sus correrías difíciles, y se iba en línea recta hacia el filón de sus figuraciones trascendentales, a donde sólo él baja, entre los obreros fieles que son sus muñecos, los que luego saca a la superficie del drama...

De todas las obras últimas de Ramón, "La Nardo" se destaca por su interés, nunca decaído. Para el lector que acostumbra a creer que el peligro de las fórmulas de Ramón son las oscilaciones de su interés novelístico, "La Nardo" es una revelación de lo contrario, y es que en ella, en la maquinación de ese personaje, ha puesto su autor un sistema nervioso especial y la ha dotado de tales atribuciones que el lector más huido irá a ella como sus amantes, y si no corre a la seducción del novelista va a beber rápido en la de su protagonista, como un amante más.

El primer enamorado de "La Nardo" es el propio Ramón. Por ella ha ido a las más caras joyerías de su cerebralismo, adquiriendo greguerías nuevas, collares de frases valiosas y nada de vulgar bisutería.

"La Nardo" nace en el Rastro. Es una gran mujer, la gran mujer de Madrid que tuteó a Goya y muere con su amante en un suicidio doble y torpemente sangriento.

Si Ramón Gómez de la Serna—por fortuna para la posteridad que ha de juzgarle—no es hombre de premios, Madrid le colocará el máximo galardón: la medalla de oro de sus barrios, la sonrisa de las hijas de sus barrios, la cinta de largo metraje de sus verbenas, que le velarán luego eternamente en una orgía de luces.

Ramón ha escrito una novela para todos. Por él la brujería seductora de Madrid llegará a todos los confines, por él "La Nardo" será mirada y remirada por los anteojos de colores de otros idiomas. Como una hija nuestra y de él, que está más antiguo y moderno, más artista y nuestro y de todos que nunca.

Antonio de Obregón.

EMIL LUDWIG—*El hijo del hombre*. Biblioteca Nueva.

Era seguro que Ludwig, en su vocación de biógrafo, había de tratar de reconstruir a Cristo. Era él el más autorizado para darnos—según el consejo de Papini—la interpretación de Cristo correspondiente a nuestra época.

Ludwig es el autor que más racionalmente hace sus biografías, partiendo de un ambiente, de una educación o una tara fisiológica, teniendo en cuenta cualquier accidente, que reproduce en el genio de la formación del individuo. Explica su carácter, desenvuelve claramente las consecuencias y nos demuestra que el héroe tenía que ser así. De aquí, de la lógica perfecta de su mé-

todo, su universalidad. Por esto todas sus biografías tienen esa vida tan fuerte; sitúan al héroe tan decisivamente entre los seres reales, humanos, en vez de distanciarlos de ellos, como hacen las leyendas.

Este procedimiento, tratándose de Jesús, es difícil de aplicar; ese período de formación es casi desconocido. Y aun en su período público, las noticias son muy escasas y contradictorias. Ludwig ha escogido con gran cuidado sus datos, desechando todo lo que es ligeramente sospechoso y apoyándose preferentemente en el testimonio de los apóstoles más veraces, Marcos y Mateo.

Prescindiendo de su divinidad, nos presenta al hombre, ordenando las fuentes discordantes para reconstruir lógicamente un proceso fisiológico que de otra manera es extraordinariamente desordenado. Y esta supresión de toda intervención sobrenatural no hace más que engrandecer humanamente la figura de Jesús.

Contrariamente a Papini, no ve a Cristo a través de su doctrina; Ludwig no cree que Jesús tuviera la intención de fundar una Iglesia; muestra sencillamente el desarrollo psicológico de un hombre excepcional. Explica los milagros racionalmente, huyendo los que no tienen fácil explicación, y da de ellos una razón más científica, aunque menos poética que la de Oscar Wilde en su "Epístola in lascere et Vinculis".

Empieza el libro con una descripción del pueblo de Israel. Las ideas dominantes, las costumbres, los acontecimientos trascendentales, como el ambiente propicio para la formación de Jesús. Y luego entra en la vida, delimitando en ella tres períodos, que podemos definir: meditación (en su aldea, entre sus hermanos, ovejas y vecinos); enseñanza (período el más luminoso, de predicación de amor), y mesianismo (consciencia de su destino y preocupación de su conducta para cumplir su fin divino). Separados por las dos intervenciones del Bautista.

En estos dos momentos se concentra todo. Ludwig, con su característica viveza descriptiva, nos los presenta con todo su dramatismo. Angulos decisivos, brascas torceduras de brújula, que agitan al profeta y le hunden en un torbellino de meditaciones. Duros cambios de temperatura, en que se temple y sale victoriosa su confianza en el Padre. Confianza que vacila incierta, que amenaza apagarse en Gethsemaní y que se apaga en el último instante, cuando, exigiendo el dolor la inmediata intervención divina, el hombre comprende su abandono en su último grito.

Ricardo Baeza traduce el libro con su habitual maestría y amplía en una nota preliminar el prólogo del autor.

El texto va ilustrado con 15 dibujos de José Rembrandt.

Alfredo Cabello.

La quincena internacional

El rey y el pueblo en Egipto.

El caso del monarca egipcio parece un caso "de serie", con analogías indiscutibles con otros varios de Europa.

El rey Fuad aceptó a regañadientes una Constitución que se ha esforzado, con una constancia digna de mejor empleo, en desvirtuar y vulnerar en toda ocasión. Alentado por los imperialistas británicos mientras éstos ocuparon el poder, clausuró el Parlamento, y aun recurrió a una dictadura personal—de la cual Mahmud Bajá no era sino el figurón—para imponer su propia voluntad a la opinión del pueblo, casi unánime en su adhesión al nacionalismo del partido Wafd.

Por ello quiso Nahas Bajá, representante de este partido, tomar medidas de seguridad para evitar el retorno de los manejos y veleidades reales, y sometió al monarca un proyecto de ley en el que se prevenían durísimas sanciones para los gobernantes que vulnerasen la Constitución. El rey Fuad, naturalmente, se negó a firmar unas leyes que iban directamente contra sus inclinaciones autocráticas, exigiéndole por ellas plena responsabilidad. El gobierno de Nahas Bajá presentó la consiguiente dimisión, y por segunda vez llamó el monarca a Sidky Bajá, que ya ocupara el Poder hace cuatro años en parecidas circunstancias.

En aplastante mayoría los nacionalistas en el Parlamento, era lógico que a su vez la representación de la voluntad popular rechazara un gabinete que sólo representaba la voluntad del rey. Entonces éste aplazó la apertura del Parlamento. Con esto se ve que el repertorio de procedimientos para gobernar contra los mandatos o los deseos del pueblo no es muy extenso, pues en todas partes los autócratas o aspirantes a serlo recurren a los mismos métodos.

Pero el pueblo egipcio no se ha conformado mansamente con tal imposición, ni siquiera con la promesa de abrir el Parlamento un mes más tarde.

Ha expresado violentamente su descontento y su protesta con los sangrientos resultados que ya se conocen—pues tampoco en los métodos de represión se diferencian mucho los Gobiernos de fuerza.

Pero la diferencia esencial entre esta ocasión y las anteriores en que ya chocaron la voluntad del pueblo y la del rey es que hoy ocupa el Poder en Londres un Gobierno laborista, y pese a las vacilaciones y aun a los errores tácticos de Mac Donald, no puede sostener con soldados británicos el autocratismo del rey Fuad, cual lo hicieron sus predecesores. Al monarca egipcio le convenía mucho que se diera mundial resonancia a las alteraciones del orden

público ocurridas en Mansura, en Alejandría, en Port-Said. Mas la acción del Gobierno inglés se ha limitado al envío de dos barcos de guerra que casi únicamente tienen valor de símbolo, y de una nota recordando al ministro del rey que le incumbe el deber de mantener el orden y de salvaguardar la vida de los extranjeros. La disyuntiva del monarca egipcio permanece en términos apremiantes e inequívocos...

La promesa de Hindenburg.

En vísperas de ser elegido presidente del Reich y de jurar la Constitución de Weimar, el viejo mariscal, cuya antigua devoción por las instituciones imperiales infundía legítimos temores a los republicanos alemanes sinceros, les tranquilizó con la declaración de que "estaba acostumbrado a cumplir su deber y su palabra". No ha dejado de mantener lealmente su promesa. Pero sus actos recientes no favorecen ciertamente las instituciones republicanas. Su intervención en favor del "Stahlhelm", apoyada con la amenaza de no tomar parte en las fiestas de Renania si no se autorizaba el desfile de aquella belicosa organización nacionalista, y más aún el haber refrendado la indefendible pretensión del canciller Brüning de imponer por decretos las leyes fiscales que el Parlamento rechazaba con razón por injustas: torpezas graves, ya que no hostilidad deliberada. El artículo 48 de la Constitución de Weimar—puerta abierta a estos procedimientos dictatoriales—queda taxativamente limitado como recurso en situaciones de peligro para la República. La negativa del Reichstag a aceptar los proyectos fiscales del último Gobierno no entrañaba ningún peligro de tal naturaleza y el abuso es flagrante.

Con las elecciones, fijadas para septiembre, terminará ese breve período de dictadura virtual. ¿Qué saldrá de ellas? ¿Qué será el nuevo Reichstag, y qué orientación va a dar Alemania, libre ya su territorio de la ocupación extranjera y normalizada, racionalizada la cuestión de las deudas de guerra con la aplicación del plan Young?

La respuesta encierra consecuencias de largo alcance para la futura política de Europa entera.

Los pronósticos anuncian incremento de las tendencias extremas, con mengua del centro. La primera consecuencia de la crisis ha sido la inevitable escisión de los nacionalistas. Hugenberg con sus altavoces se acerca a Hitler y

En el número próximo trataremos de la denuncia presentada por D. Santiago Alba contra nuestro querido colega el valiente semanario "Nosotros".

a sus estridencias. El grupo más razonable se reforma en torno al conde Westarp y a Trevinarus. Tal vez la constitución de un partido conservador serio, cuerdo, libre de vociferaciones, facilitase mucho la normalización de las instituciones parlamentarias en Alemania, y por ende la labor constructiva y la cohesión de las izquierdas.

El fascismo boreal.

Los legionarios—es curioso la afición de todas las partidas de la porra, de esos que Anatole France llamó donosamente los "trublions", al vocablo "legionario"—los legionarios finlandeses de Víctor Kosola, digo, pretenden dar a su aparatosa "marcha sobre Helsingfors"—otra parodia—el motivo exclusivo de "acabar con la propaganda disolvente del comunismo".

En primer lugar, una propaganda se combate más eficazmente con otra propaganda, una idea con otra idea; jamás la fuerza ni la violencia han desarraigado idea alguna. Y el descontento social sólo tiene un remedio eficaz: el bienestar y la libertad. Pero los "agrarios" finlandeses—no labradores, se entiende, sino terratenientes, con privilegios que mantener, aunque sea con la porra—engloban en la palabra "comunismo" cuantos elementos aspiran a la transformación y aun a la reforma del régimen social. El sistema es muy socorrido, pero comienza a perder su eficacia por el mucho uso.

Es dudoso que lleguen a reproducirse esta vez las feroces matanzas de 1918. Aquella turbia época del fin de la guerra fué propicia a muchas violencias—aun en países neutrales—casi todas de origen social, y que hoy tal vez se repetirían impunemente; porque Europa, a pesar de todo y de síntomas contrarios, va avanzando poco a poco en el camino de una mayor solidaridad, y ya se advierte cuando menos un cierto "pudor internacional", que sienten hasta las dictaduras y que impide la perpetración de muchos crímenes, colectivos o individuales, que no hace aún muchos años se cometían con el más tranquilo cinismo.

Pero está en el gobierno de Finlandia uno de los hombres que tomaron parte activa en aquellas trágicas jornadas: Svinhefvud; y los apetitos que representa con el general barón von Mannerheim son también idénticos. Se trata de asegurar la absoluta hegemonía de una clase social ya privilegiada por la constitución del país, pero insaciable, como en otras latitudes, y asimismo inclinada a no tolerar oposición ni control a su todopoderosa voluntad.

Y Finlandia se titula democracia, y como tal ocupa su representante un lugar conspicuo en la Sociedad de Naciones... Las "luchas cívicas" van dejando cada vez más al desnudo su fondo íntimo de lucha social y su raíz económica.

ESPAÑA

por JOAQUIN ARDERIUS

A España, que es un país original, se le está queriendo siempre obligar a que imite a Europa.

Torturar a España a que se europeice, ¿para qué?

Además de que a Europa no hay por qué tomarla de modelo, es un empeño absurdo, que por naturaleza le es imposible realizar a España; originario de su tragedia.

A Europa, que es el corazón de la civilización agonizante, la cloaca burguesa, lo que hay que hacer es volverle la espalda, guarecida en una coraza de glacial desprecio, y dejarla que termine de pudrirse metida en su hipócrita régimen galoneado de lujo, como a un cadáver en un ataúd de príncipe.

De ella no queremos ni su arte, ni su literatura, ni su política, ni su sociedad, ni sus modas, ni sus costumbres, ni sus hombres.

No habla el patriota.

Nuestra patria es el planeta y nuestros compatriotas traspasan las fronteras de lo racional y llegan hasta las lombrices de tierra.

España, que es un país original, si debe imitar a alguien, es a Rusia.

A Rusia.

Pero a Rusia solamente en esto: en descubrir su originalidad y hacer uso de ella exaltándola bravamente en un afán de bienestar humano.

Si en alguna de sus actividades el hombre de este país hace alguna cosa genuinamente española inmediatamente se le dice que tiene cierta influencia rusa.

No hay tal influencia.

Lo que pasa es que cuando un español despojado de todo prejuicio europeo reconoce a España con su propia sensibilidad, el diagnóstico que le ofrece al mundo es el de alguna emoción similar a las que sufre Rusia.

Y esto sucede lo mismo con el que la reconoce con los pies como el que la reconoce con el cerebro: el bailarín y el pensador.

Y es que Rusia y España son hermanas.

Hermanas en la soledad.

Dos solitarias que viven tras las tapias del circo de la amaestrada Europa.

Salvajes, pero henchidas de energías vírgenes. Y las dos tienen igualmente bordada en tatuajes negros la Enciclopedia Universal de las Laceras Humanas.

Las dos, también, se retuercen convulsas, roídas por el dolor ancestral que atormenta a la especie entera.

No importa que Rusia sea gigante y España de estatura mediana para es-

te parangón. La mayor cantidad de carne y hueso no les agranda ni el espíritu ni el cerebro a los hombres. Ni aun les aumenta el dolor material.

Ni Alemania, ni Francia, ni Inglaterra, ni ninguna otra nación encierra en sus entrañas las posibilidades de heroína en la Nueva Historia de la Humanidad que atesora la vejada España.

Con su campesino, su obrero y su clase media acumulará el polo generador que con el que han acumulado ya los rusos desarrollará la corriente de la futura vida del hombre.

¿Cuándo?

Lo más urgente es proscribir a esos pachones que olfateando en el gállico europeo lo apresan y nos lo traen para curarnos.

España no está muerta, como dicen los enterradores, sino intoxicada por ellos de europeísmo.

¡Y todavía la insultan, dándola empujones, para meterla a que dance en el cabaret de Europa!

Ella no quiere, y hace bien. Es honesta. Prefiere estar al sol de espaldas a los Pirineos, orilla del Estrecho, cara a Africa, comiéndose un mendrugo, en espera de su designio. Designio que llegará, quizá muy pronto, quizá sorprenda a muchos, pues ya comienza a dar señales de su recia y singular personalidad.

Fuera las brújulas humanas de "tipo europeo".

Lo que necesita España son corazones bravos y cerebros inteligentes españoles. Que la sientan palpitante en sus anhelos y le comprendan su tragedia. Comprenderla es lo fundamental para ella. La clave de su vida está en eso. Es apasionada y parece apática. Es laboriosa y da la sensación de holgazanería. Es grave y tiene cara de payaso. Es rica, y pide limosna. Es original, y plagia. Es genial, y piensa como un cretino. Es, en suma, la "españolada".

¿Por qué este resultado antitético de sus valores? Creemos que porque no se le entiende y se le ha querido obligar siempre a que entre en una civilización hipócrita, a la que su singular sinceridad humana rechaza por naturaleza.

Están haciendo falta manos que la expriman como a una esponja para que chorree todo el pus extranjero que le han atragantado y quede en su pura esencia.

No queremos baba extranjera para hacer nacionalismo. Nosotros lo que queremos es tuétano español para hacer internacionalismo.

¿Procedimiento?

No ciertamente con la urbanidad política y sagacidad financiera de algunos políticos. Ni jugando al parlamento. Ni tampoco perorando en un parlamento auténtico. Ni con el enfado de los domésticos de los constitucionalistas. Ni con las constituyentes. Ni con

ninguno de los procedimientos que pi-rueteen en la plaza pública.

El pueblo español ya parece presentir el secreto de su deber ante su misión histórica. Ya se le siente juzgar con rectitud y latir inquieto. Sus oídos ya no se ponen en acecho, como orejas de asno, a las voz del primer arriero que quiera sorprenderle para cargarlo de egoísmos. Le hormiguea la conciencia. Sus cejas se han fruncido, y sobre su nariz se ha dibujado un pájaro enigmático, cuyas alas una se quiebra en el pasado y la otra, hecha una brújula, señala hacia el futuro. Su corazón comienza a funcionar y es ya la simiente de una dinamo que por las arterias le ha puesto en cada muñeca un reloj de pulso.

España sale de su marasmo. No. España abandona una de sus fatales metamorfosis.

De piedra se necesita ser para no percibir las pisadas de su espíritu en marcha.

Hay contumaces en la prevaricación que lo niegan.

¡Allá ellos con su necedad! Se engañan a sí mismos los pobrecitos; hombres con mentalidad robinada de cinismo; hombres que llevan por la tela del juicio la araña trepadora de los vividores del siglo pasado.

No se han enterado aún estas joyas arqueológicas que la mentira está en quiebra. Ignoran que los hombres nacen vacunados con el virus que ha escupido la ubre de la Mentira.

Ya va siendo un "negocio" la Verdad.

En el porvenir, el hombre se comerá su pan, no con el sudor de su frente, sino con la dureza y la diafanidad de su Verdad.

No sé si será un sueño, ¡no lo es! pero le veo un ademán a España... La veo en actitud de arrojar su mendrugo a las olas del Estrecho para erguirse.

El venerable Zossima de Dostoiewski ya está en pie en medio de la blanca Siberia, con el brazo extendido y la mano abierta, esperando estrechársela al Caballero de la Triste Figura de Cervantes.

¿Cuándo se levantará también de la avellanada estepa manchega Rociante elevando a su jinete?

El brazo del venerable Zossima está extendido en el aire, como un cable, para apretarle fuertemente la mano a D. Quijote, al tiempo que se digan al oído ambos:

—El cristianismo de la sotana y la armadura que hemos vestido fue un disfraz de sarcasmo. Por contraste, la verdad de nuestra profecía era el advenimiento del Anticristo. Ya está cumplida. Quitémonos, pues, nuestros antifaces de burla y vistámonos de Anticristos, con el traje del hombre libre.

Gráfica Literaria.—Hernani, 34. Tel. 36160.